

ASOCIACIÓN BAUTISTA ARGENTINA

*Cómo estudiar la
Biblia*

DANIEL CARRO



INDICE

CÓMO ESTUDIAR LA BIBLIA.....	3
EL LIBRO DE LOS LIBROS.....	5
I. LA NATURALEZA DE LA BIBLIA.....	7
La Biblia: divina y humana.....	8
La Biblia: fe y obediencia.....	10
La Biblia: diversidad y unidad.....	12
II. LA HISTORIA DE LA BIBLIA Y LAS HISTORIAS QUE LA BIBLIA RELATA.....	14
Formación del Antiguo Testamento.....	16
Formación del Nuevo Testamento.....	20
La Biblia: desde el Nuevo Testamento hasta nuestros días.....	26
III. LA BIBLIA COMO PALABRA DE DIOS: REVELACIÓN, INSPIRACIÓN, AUTORIDAD.....	29
La revelación de la Biblia.....	29
La inspiración de la Biblia.....	33
La autoridad de la Biblia.....	35
IV. CÓMO ENCARAR EL ESTUDIO BÍBLICO.....	37
Condiciones necesarias para un estudio bíblico efectivo.....	37
Herramientas necesarias para el estudio de la Biblia.....	39
Elementos iluminadores del texto bíblico.....	42
CONCLUSIÓN: ¿POR QUÉ ESTUDIAR LA BIBLIA?.....	54

CÓMO ESTUDIAR LA BIBLIA

Entre las mil y una historias que circulan sobre la Biblia, se cuenta que en una cena de alta alcurnia en un castillo inglés, un famoso recitador entretenía a los invitados declamando todo tipo de poemas. Los hubo de William Shakespeare, de John Milton, de Sarah Williams, y otros famosos poetas ingleses. Los invitados pedían sus favoritos, que el recitador prontamente declamaba. Un pastor, que se encontraba en la audiencia, preguntó al recitador si no conocía “el salmo del pastor”, en obvia referencia al Salmo 23. El recitador contestó que con todo gusto lo recitaría si al terminar él, también el pastor lo recitara. El pastor aceptó el reto, y el recitador comenzó su tarea: “El Señor es mi pastor, nada me faltará...”

La interpretación del recitador fue perfecta. Las cadencias, las entonaciones, los silencios, todo hecho de una manera cabal e intachable. Como era de esperar, el público irrumpió en aplausos. Ahora le tocaba al pastor.

Con toda humildad y sencillez el pastor se puso al frente del auditorio y recitó el salmo de la única manera en que un pastor puede hacerlo: de corazón. Al terminar, la audiencia no aplaudió, quedó sumida en un profundo silencio.

El silencio penetrante se hizo sentir para el recitador que, poniéndose en pié, dijo: “Es obvio que yo conozco muy bien el salmo del pastor. Pero es aún más obvio que este hombre conoce muy bien al Pastor del salmo”.

Para poder estudiar la Biblia es necesario entender algunos conceptos que hacen válido este estudio. De otra manera, el estudio

se vuelve infructífero y superfluo. Podemos conocer mucho de la Biblia, pero, como el recitador del cuento, nunca conoceremos lo que hay que conocer verdaderamente: el Pastor de la Biblia.

Como cristianos, estudiar la Biblia no es adquirir una serie de conceptos o ideas sobre las múltiples cosas de las que ella pueda tratar. Nuestro propósito principal al estudiarla es conocer a Dios, comprender el mundo en que Dios nos permite vivir, entender la naturaleza humana así como la Biblia nos la enseña, y prepararnos para vivir la vida eterna que Dios ha prometido a aquellos que le aman. Estudiar la Biblia es entrar en una relación personal con su único Autor y Creador: el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que ella nos revela.

Así lo expresó el teólogo suizo Karl Barth: “La Biblia no nos dice cómo debemos hablar con Dios sino lo que Dios nos dice a nosotros; no nos habla de cómo encontrar el camino a Dios, sino que Dios ya nos encontró a nosotros; no nos dice cuál es la relación correcta en la que debemos ponernos para relacionarnos a Dios, sino que habla del pacto que Dios ha hecho con todos los que somos hijos espirituales de Abraham, pacto que Dios ha sellado de una vez y para siempre en Jesucristo. Esto es lo que encontramos en la Biblia. En la Biblia nos encontramos con la Palabra de Dios”.¹

Entre los principales conceptos que debemos comprender para estudiar la Biblia se encuentran la naturaleza de la Biblia, la historia de la Biblia y la historia que ella relata, la manera en que la Biblia llegó a ser el libro que es; y por sobre todo, el propósito fundamental de la Biblia como revelación divina, y su inspiración y autoridad como Palabra de Dios.

Cuando alguno de estos conceptos son desconocidos o mal interpretados, el estudio de la Biblia sufre. Cuando niños, nuestra fe en la Biblia se expresaba con una sencilla canción: “La B-I-B-L-I-A, es el Libro

1. Karl Barth, *The Word of God and the Word of Man* (Grand Rapids: Zondervan, 1935), 43 (traducción del autor).

de mi Dios, en ella sólo confío yo, la B-I-B-L-I-A". Al llegar a la madurez, sin embargo, debiéramos poder decir como Pablo: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño" (1 Cor 13:11); o como el autor de Hebreos: "pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal" (Heb 5:14). Por eso, como dice Hebreos: "Dejando ya los rudimentos..., vamos adelante a la perfección..." (Heb 6:1). Estudiar la Biblia es caminar hacia la perfección.

La Biblia es este tipo de libro que requiere a la vez la sencillez de los niños y el conocimiento de los eruditos. Este breve estudio intenta darnos un panorama de aquellos elementos que necesitamos conocer y entender para poder estudiar la Biblia con provecho.

"EL LIBRO DE LOS LIBROS"

No es una exageración afirmar que la Biblia es un libro único. Del griego *ta biblia*, que significa "los libros", la Biblia contiene el conjunto de los libros canónicos del judaísmo y el cristianismo. La Biblia es una biblioteca. Para el judaísmo, la Biblia (*Tanaj* en hebreo) contiene los 39 libros que los cristianos llamamos el "Antiguo" Testamento. Para el cristianismo, la Biblia contiene además los 27 libros de lo que llamamos el "Nuevo" Testamento.

La Biblia es el Libro de Dios, pero a la vez es el libro de la humanidad. La Biblia, o al menos parte de ella, se encuentra traducida a más de dos mil idiomas y dialectos. Su historia y formación se hizo a lo largo de más de mil años, en muy diversas culturas y regiones geográficas. Se escribió al menos en tres idiomas: hebreo, arameo y griego. La Biblia es sin duda un libro único. Es divino, pero profundamente humano.

De la Biblia ha dicho la famosa poetisa chilena Gabriela Mistral: “Libro mío, libro de cualquier tiempo y en cualquiera hora, bueno y amigo para mi corazón, fuerte, poderoso compañero. ¿Cuándo acudí a ti en vano, libro de los hombres, único libro de los hombres? Por David amé el canto, merecedor de la amargura humana. En Eclesiastés hallé mi viejo gemido de la vanidad de la vida, y tan mío ha llegado a ser vuestro acento que ya ni sé cuándo digo mi queja y cuándo repito solamente la de vuestros dolores. Nunca me fatigaste, como los poemas de los hombres. Siempre eres fresco, recién conocido, como la hierba de julio, y tu sinceridad es la única en que no hallo peligro, mancha disimulada de mentiras. Tu desnudez asusta a los hipócritas, y tu pureza es odiosa a los libertinos. Yo te amo todo, desde el nardo de tus parábolas hasta el adjetivo crudo de los Números”.²

La Biblia es el libro del ser humano, pero también y principalmente el Libro de Dios. Sin Biblia no hubiera cristianismo, ni hubiera iglesia, ni hubiera fe en el mundo. El teólogo alemán Emil Brunner lo manifestó así: “La fe cristiana es la fe de la Biblia. Aquello que une todas las iglesias del mundo, desde el catolicismo romano hasta los Cuáqueros, desde Lutero hasta el Cardenal Newman, aquello que a través de todos los cambios históricos de la iglesia ha permanecido incambiable, aquella fuente de la cual el cristianismo ha recogido una y otra vez el poder de la renovación, es la Biblia. Durante los casi dos mil años de su historia la iglesia ha estado más de una vez a las puertas de la muerte, hace más de doscientos años que Voltaire profetizó su muerte en un futuro cercano. En la mismísima casa donde hizo su profecía hay hoy una oficina de la Sociedad Bíblica Británica que envía anualmente millones de Biblias en múltiples idiomas alrededor del mundo. La que ha rejuvenecido a la iglesia una y otra vez ha sido la Biblia. Es cierto que no habría Biblia sin la iglesia... pero es mucho más cierto que no habría iglesia sin la Biblia. El cristianismo sin la Biblia hace mucho hubiera degenerado en una caricatura irreconocible. Cuando decimos que la fe cristiana es la fe en Jesucristo, decimos también tácitamente que es la fe en la Biblia. Sin

2. Ver <http://labibliaweb.com/sin-categorizar/12742-libro-mio-gabriela-mistral.html>.

Biblia no hay Jesucristo. Sin Biblia no hay Palabra de Dios”.³

La Biblia es un libro único: humano y divino, divino y humano. Por algo se la ha llamado “el Libro de los libros”. Entender su naturaleza es de suma importancia para poder hacer sentido de nuestra lectura e interpretación.

El resto de este estudio se dividirá en cuatro partes: (I) La naturaleza de la Biblia. (II) La historia de la Biblia y las historias que la Biblia relata; es decir, una sucinta consideración de la manera en que la Biblia llegó a ser el libro que es; (III) La Biblia como Palabra de Dios: Revelación, Inspiración y Autoridad; y (IV) Cómo encarar el estudio bíblico.

I. LA NATURALEZA DE LA BIBLIA

Tratar de definir la naturaleza de la Biblia no es tan sencillo como pareciera a primera vista. Las “Sagradas Escrituras”, como también se la llama, refieren a una serie de libros o textos que han sido desde muy antiguo recibidos por los judíos y los cristianos como viniendo de parte del mismo Dios. La Biblia representa el agrupamiento de un sinnúmero de comunicaciones originadas por un Dios que se manifiesta a sí mismo como misericordioso, para un pueblo o comunidad de fe que se manifiesta a sí mismo como atenta y obediente a esas comunicaciones.

Así lo reconoce el autor de Hebreos (1:1-2): “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo...” Tanto los textos que componen la Biblia como los procesos históricos relacionados con su formación y mantenimiento tienen que ver con esa revelación y manifestación autónoma del Dios trino. Este orden es de suprema importancia para poder entender la naturaleza de la Biblia. La revelación se origina en Dios. Los textos bíblicos no pue-

3. Emil Brunner, *The Word and the World* (New York: C. Scribner's Sons, 1931), 82 (traducción del autor).

den aislarse ni de su origen divino ni de la historia humana en que se manifestaron y se registraron. La Biblia es la revelación y manifestación autónoma del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en el ámbito humano, con el propósito de establecer y mantener con la humanidad un compañerismo de paz, redención, vida abundante y eterna salvación.

La Biblia: divina y humana

La **primera** cosa con que reparamos al considerar la naturaleza de la Biblia es su doble constitución: humana y divina. La Biblia es a la vez un libro completamente humano, y completamente divino. Fue inspirado en su totalidad, pero fue escrito, preservado y traducido totalmente por manos humanas. Como ya dijimos en la introducción, la Biblia es el Libro de Dios, pero es el libro del ser humano.

Muchos de los “Padres de la Iglesia”⁴ compararon la naturaleza de la Biblia con la naturaleza de la persona de Jesucristo. No podemos distinguir en la Biblia (como tampoco en Jesucristo) cuál sea la parte humana o la parte divina. Su naturaleza es indivisible e indistinguible. En palabras del biblista Raymond Brown, la Biblia es “la palabra humana del Dios omnipotente”.⁵ La Biblia es la “palabra” (humana) “de Dios” (divina). El misterio de esta “palabra de Dios” puede entenderse solamente cuando ambos lados de la ecuación se toman seriamente.

4. Se llama Padres de la Iglesia a un conjunto de pastores, obispos y escritores eclesiásticos de los cinco primeros siglos del cristianismo, cuyas enseñanzas tuvieron gran peso en el desarrollo del pensamiento y la teología cristiana. Su interpretación de la Biblia y otros escritos eclesiásticos han sido incorporados en lo que se llama “la tradición de la iglesia”. Los Padres de la Iglesia tuvieron la responsabilidad de responder a cuestiones y dificultades morales y teológicas en medio de un ambiente social adverso al cristianismo, por eso se les llama también “apologistas”. Los Padres más cercanos a los apóstoles son llamados “Padres Apostólicos”, y según el idioma en que se expresaron y escribieron, se los conoce también como “Padres Griegos” y “Padres Latinos”. Su edad de oro fueron los siglos 4 y 5, y florecieron tanto en Occidente, donde escribieron en latín, o en Oriente, donde lo hicieron en griego e incluso en siríaco, copto, armenio, georgiano y árabe. Sus obras representan un intento de diálogo con la cultura griega y latina de su tiempo para explicar los misterios cristianos.

5. Raymond Brown, *The Critical Meaning of the Bible*, (New York: Paulist Press, 1981), 21 (traducción del autor).

Sólo podemos entender la Biblia como palabra de Dios cuando tomamos seriamente el punto de vista encarnacional. Siguiendo el ejemplo de la Cristología, no debemos caer en visiones docetistas o adopcionistas de la Biblia.⁶ El mensaje es de Dios, pero sus palabras son de agentes humanos. Los escritores bíblicos tenían todo tipo de limitaciones, así como los actuales intérpretes también tenemos: limitaciones científicas, lingüísticas, religiosas, entre otras.

Por ejemplo, es muy claro que Job 14:7-12 niega la vida después de la muerte. Nosotros decimos que Job estaba equivocado. La pregunta que nos queda, sin embargo, es: Si el autor del libro de Job estaba equivocado, ¿estaba también Dios equivocado?

Hay tres maneras de reconciliar esto: (1) La primera es decir que Job no quiso decir lo que dijo. Realmente se confundió, y escribió algo que no comprendía. (2) La segunda manera de reconciliar este problema es decir que Dios inspiró la Biblia pero toleró el error de sus escritores. De modo que cuando descubrimos errores como el que estamos analizando, no tenemos que buscar explicar esos errores, simplemente debemos reconocer que Dios, que es todopoderoso, eligió manifestar su revelación por medio de agentes humanos, y por hacerlo, tuvo que tolerar las limitaciones de cada uno de ellos. (3) Una tercer manera de reconciliar este aparente problema es más positiva. Si consideramos los escritores bíblicos desde el propio punto de vista de cada uno de ellos, si nos “ponemos en sus zapatos”, quizá veremos no tanto las limitaciones que cada uno de ellos trae a la comprensión de la persona de Dios y de la vida humana, sino las virtudes y la sensibilidad que cada uno de ellos aporta. Todos los anteojos distorsionan

6. El “docetismo”, del griego *docet*, “parecer”, fue una enseñanza errónea del primer siglo según la cual Jesucristo fue solamente divino, pero no realmente humano, sino que “pareció” ser humano mientras vivió en esta tierra. El evangelista Juan, en su primera carta, ataca directamente esta falsa enseñanza (1 Juan 1:1-3). El “adopcionismo”, por su parte, fue una enseñanza errónea opuesta, según la cual Jesucristo fue sólo un ser humano que, por su excelencia y obediencia a Dios, fue elevado a categoría divina o “adoptado” por Dios como hijo.

la realidad, pero para aquellos que no tenemos una visión perfecta, los anteojos nos permiten ver la realidad claramente más allá de nuestras desviaciones particulares. Lo que debemos darnos cuenta es que estas “limitaciones” bíblicas no ponen ningún tipo de límites a la palabra de Dios. La Palabra es de Dios, las palabras son de Job; de Job, de Jere-mías, de Pablo, o de cualquiera de todos los humanos escritores de la Biblia quienes, desde sus propio puntos de vista humanos registraron la revelación de Dios así como les fue manifestada.

Así lo expresa el biblista Raymond Brown: “El hecho de que la “palabra” de la Biblia sea humana y condicionada por el tiempo no la hace menos “de Dios”. En la Biblia Dios se comunica a sí mismo de una manera tan extraordinaria que uno puede decir que hay algo “de Dios” en sus palabras. Todas las otras obras, sean patrísticas, Tomistas, o eclesiásticas son palabras *sobre* Dios. Sólo la Biblia es palabra *de* Dios”.⁷

La Biblia: fe y obediencia

La **segunda** cosa a la que debemos prestar atención al considerar la naturaleza bíblica es que, para ser comprendida, la Biblia requiere del lector algo más que imaginación y buena conciencia. La Biblia requiere fe y obediencia. Sin ellas, es imposible comprender sus textos.

El teólogo Duncan Ferguson ha afirmado que para poder comprender la Biblia tenemos que poseer “cuatro factores: (1) Tenemos que tener una cierta cantidad de información correcta sobre lo que leemos, (2) tenemos que tener una actitud abierta y receptiva para poder hacer contacto con aquello que leemos, (3) tenemos que tener una estructura ideológica que sea lo suficientemente flexible y adaptable para poder tratar aquello que leemos con objetividad, y (4) tenemos que tener una aproximación metodológica apropiada al asunto del que estamos leyendo”.⁸

7. Brown, *Ibid*, 21 (traducción del autor).

8. Duncan S. Ferguson, *Biblical Hermeneutics* (Atlanta: John Knox, 1976), 17 (traducción del autor).

Siendo que nuestra lectura de la Biblia es una lectura acerca de Dios, una lectura que busca aproximarnos no sólo a un libro sino a Dios mismo, la única actitud correcta para poder realizar esa lectura con propósito es tener fe. La fe es la primera de las presuposiciones necesarias para poder entender la Biblia. Como dice la carta a los Hebreos: “Pero sin fe es imposible agradecer a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Heb 11:6). Sin fe es imposible entender cosa alguna de lo que leemos en la Biblia.

La fe que necesitamos para leer la Biblia tiene dos dimensiones. La primera de ellas es una dimensión intelectual y cognoscitiva. Esta es la “fe que ha sido una vez dada a los santos,” por la que tenemos que contender ardientemente (Jud 3). Este tipo de fe afirma que leer la Biblia nos lleva a algo que hay que aprender, una historia que hay que pensar y recordar. Ambas están contenidas en el “buen depósito” que Timoteo tiene que guardar (2 Tim 1:14). Pero la fe tiene una segunda dimensión que es la actitud cándida y confiada del lector en la verdad de Dios. Esta dimensión de la fe no tiene nada que ver con el contenido o el depósito de la fe, sino con la actitud del corazón de quien tiene fe hacia Dios. Por eso decía el apóstol: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef 2:8-9).

Esta última dimensión de la fe nos trae al segundo elemento necesario para poder emprender y asimilar la lectura de la Biblia: la obediencia. La Biblia sólo puede comprenderse cuando estamos dispuestos a obedecer aquello que sus textos nos demandan. Si no hay actitud de obediencia, no hay verdadera comprensión de la dimensión eterna que sus textos abren.

La lectura de la Biblia puede seguir una interpretación dogmática donde el aspecto doctrinal, la lectura crítica y mental, es el elemento primordial. Otros lectores prefieren una lectura emocional,

sentimental y devocional. Ninguna de estas dos lecturas es suficiente si no media entre ellas la obediencia. No vamos a comprender la Biblia sólo porque podamos hacer sentido inteligente de sus enseñanzas. La inteligencia es necesaria, pero no es suficiente. Tampoco vamos a comprender la Biblia porque “sintamos” en nuestro corazón algo especial cuando la leemos. Esta lectura sentimental es necesaria, pero no es suficiente. Sólo cuando estamos dispuestos a obedecer aquello que los textos nos demandan se nos abre la luz de la inteligencia y se nos abre la puerta del corazón para verdaderamente comprender lo que la Biblia nos enseña. Así se quejaba Jesús de sus contemporáneos: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!” (Luc 24:25). Lo que a ellos les faltaba era la obediencia. Por eso Jesús les llama “insensatos” (faltos de inteligencia) y “tardos de corazón” (faltos de sentimiento). La inteligencia y el sentimiento son importantes, pero para poder “creer lo que los profetas han dicho” hace falta obediencia.

Leer la Biblia en obediencia es practicar diariamente lo que leemos, es caminar día a día en los mandamientos que se nos presentan, es responder en la práctica diaria a la iniciativa de Dios que se nos revela en las páginas del Libro, es tener una transformación espiritual y radical en nuestra acción, es tener una lectura llena de amor, de compañerismo y de comunidad solidaria. Si la dimensión de la obediencia no está presente en nuestras vidas es inútil que intentemos cualquier otro tipo de lectura de la Biblia. Podemos leer mucho y reflexionar mucho, pero si no ponemos en práctica aquello que la Palabra nos demanda, nunca entenderemos verdaderamente de qué se trata el mensaje de la Biblia.

La Biblia: diversidad y unidad

Una **tercera** cosa necesaria para entender la Biblia es conseguir un sano balance entre la diversidad de “los libros” y la unidad de “el Libro”. En este sentido también la Biblia es “el Libro” (unidad) de “los libros” (diversidad), el libro que junta en sí una biblioteca entera. Duncan

Ferguson anota seis tipos de diversidad y seis tipos de unidad en la Biblia.⁹

La **diversidad** de la Biblia puede verse: (1) en los distintos tipos de literatura que componen sus 66 libros; (2) en los distintos autores que escribieron los libros, unas cuarenta personas más o menos; (3) en los distintos idiomas en que se escribió: hebreo, arameo y griego *koiné*; (4) en las distintas eras históricas y culturas que influyen su modo de pensar y de expresarse: la cultura hebrea pre- y post-exílica, el cautiverio babilónico, los tiempos de la dominación griega (también llamado período intertestamentario), la dominación romana y el tiempo de la dispersión o diáspora; (5) en los diferentes géneros literarios en que se escribió: narrativo, histórico, poético, profético, apocalíptico; y (6) en los diferentes testamentos: el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento.

La **unidad** de la Biblia puede verse: (1) en la correlatividad y pertenencia de ambos testamentos, siendo que el Nuevo Testamento no puede entenderse aparte del Antiguo, ni viceversa; (2) en la unidad del proceso de creación y desarrollo de la tradición que el libro conlleva como producto cultural de un pueblo, el pueblo de Dios; (3) en la unidad teológica de esta revelación presente en el libro, revelación progresiva al fin, pero que proviene de uno y el mismo Dios; (4) en la unidad temática del libro, que es la historia de la salvación expresada en momentos tan diferentes como la creación, la liberación de la esclavitud, el establecimiento del pacto, el pacto con Abraham y el pacto con David (de quien vendría más tarde el Mesías), la formación de la iglesia, la esperanza escatológica de la segunda venida del Mesías, entre muchos otros; (5) en la unidad mesiánica, establecida en la persona de Jesús de Nazaret, el ungido (“Cristo” en griego, “Mesías” en hebreo) de Dios; y, finalmente (6) en la unidad canónica del libro, que convirtió la “biblioteca” de los 66 libros en un sólo libro, y que hizo que este libro se convirtiera para la iglesia del Señor en su regla de fe y práctica.

La conclusión de Ferguson, que es la de muchos otros, es que

9. Ferguson, *Ibid*, 23-28.

ni la diversidad de los libros cancela la unidad del libro, ni la unidad del libro cancela la diversidad de los libros. La Biblia, “el Libro de los libros” es un libro con muchos libros, o muchos libros en un libro. Las dos son verdaderas, y las dos son representativas de esta divinidad y humanidad que traspasa al Libro de tapa a tapa. Esta unidad en la diversidad debe ser mantenida siempre por el lector en un sano balance. Demasiado énfasis en la diversidad puede destruir su unidad, y demasiado énfasis en la unidad puede destruir su diversidad. La magnificente naturaleza de este Libro de Dios y este libro de los seres humanos requiere que mantengamos siempre ambas en balance: unidad y diversidad, diversidad y unidad.

II. LA HISTORIA DE LA BIBLIA Y LAS HISTORIAS QUE LA BIBLIA RELATA

Cuando tomamos una Biblia en nuestras manos, rara vez prestamos atención al cúmulo de experiencias que marcaron su historia y las múltiples historias que los libros relatan. No nos damos cuenta que ambas historias están entramadas la una con la otra. Hablar de la historia de la Biblia es recordar las historias que la Biblia relata, y viceversa. Entender cómo llegó la Biblia a ser lo que es nos despierta un nuevo y particular aprecio en hacer que nuestra fe y obediencia estén atentas a los desafíos que nos trae la lectura de este maravilloso Libro de Dios.

La historia de la Biblia está entramada en las múltiples y diversas historias que ella relata. Más de mil años pasaron en la formación de este libro increíble. Fueron mil años de historias múltiples y diversas. Historias de éxitos y fracasos, de vicios y virtudes, de gente buena y de gente mala, historias muy humanas, pero imbuidas de la revelación de Dios. En la Biblia se pone por escrito la experiencia religiosa de un pueblo que recibe una manifestación especial de Dios.

La Biblia es un libro de libros que contienen un poco de todo y de todo un poco. En el Antiguo Testamento, es el pueblo de Israel que reflexiona sobre su fe en un Dios creador, que hace un pacto con su pueblo, que les da leyes, que los sostiene en momentos de dificultad y

abatimiento, que les reclama santidad, justicia y hermandad. Una recorrida a vuelo de pájaro de los libros del Antiguo Testamento comienza con los relatos de la creación y de la formación del pueblo hebreo, unos relatos de corte filosófico y teológico. Se continúa después con otros libros que hablan (ya en un tono histórico y narrativo) de la liberación de ese pueblo, de la instalación de un pacto con Dios (que los libros llaman *Yavé o Jehová*) y la Ley de Moisés (llamada por los judíos *Torá*). Los libros continúan con la historia de Israel relatada en la vida de sus próceres y sus reyes, todo en un tono netamente histórico. Luego se incluyen unos libros de poemas, de elucubraciones filosóficas, proverbios de todo tipo y pensamientos sobre la racionalidad de la vida y la justicia. Más tarde unos profetas llaman al pueblo a no olvidarse de Dios, de su pacto y de las bendiciones que vienen asociadas con el cumplimiento de esos pactos (y de paso, las maldiciones que vienen cuando no se cumple).

En el Nuevo Testamento, es el nuevo pueblo de Dios (ya no de una sola étnia o nación, sino de todas las etnias y naciones del mundo) que registra su fe en el Dios que se manifiesta en Jesucristo y que otorga su Espíritu Santo a quienes aceptan vivir de acuerdo a sus mandatos. Allí también se registran la fe, las esperanzas, las luchas y el crecimiento espiritual de aquellas comunidades que nacieron de la vida, enseñanzas, muerte y resurrección de Jesucristo. El Nuevo Testamento comienza con relatos de la vida de Jesús, parecidos a biografías de alguna persona importante, pero entroncados en las experiencias comunitarias de las nuevas comunidades cristianas, que se continúa con una sección sobre la formación y el desarrollo de las primeras iglesias cristianas. Completan sus páginas unas cartas que vienen de parte de los apóstoles (Pablo, Pedro, Juan, Judas, Santiago), y como final extraño, un libro lleno de figuras y simbolismos difíciles de descifrar que parece predecir el futuro de la humanidad.

¿Cómo leer y entender la Biblia? ¿Cómo hacer sentido de tanta variedad y tanta diferencia? ¿Existe un hilo conductor, una trama común, un eje interpretativo que pueda aclararnos el modo correcto de leerlo?

Existe una trama, pero no es unívoca. Del mismo modo en que las distintas experiencias humanas se expresan de distintos modos: la alegría con la risa, la tristeza con el llanto, el amor con la canción romántica, la sorpresa con una exclamación, la rabia con apretar los dientes y cerrar los puños; así también las distintas maneras en que Dios se reveló a los escritores bíblicos fue expresada por ellos de distintas maneras. El que experimentó a Dios como creador escribió relatos sobre la magnificencia de la creación, quien experimentó a Dios como perdonador lo expresó por medio de un salmo de agradecimiento y alabanza, quien experimentó a Dios como sabiduría escribió proverbios, quien experimentó a Dios en las etapas de su vida escribió una historia que podría llamarse revelatoria. Cada forma y estilo de expresión contenidos en la Biblia tiene un propósito y una situación vital que la sostiene y la vivifica para que el lector pueda también identificarse con ella. “¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?” preguntaba el apóstol Pablo a los Corintios en el contexto de los problemas en la vida de una iglesia (2 Cor 11:29). Del mismo modo, quienes leemos las Sagradas Escrituras, podemos simpatizar con cada una de las historias y los modos de expresar de los autores, para así entender mejor la naturaleza multifacética de la revelación de nuestro Dios.

Formación del Antiguo Testamento

La formación de la Biblia tomó muchos siglos, al menos diez. En la mayoría de los casos, los estudiosos no pueden decir con certeza en qué momento se escribieron los libros que hoy forman su canon. El recuento de la historia de su formación es muy importante para entender la naturaleza de la Biblia. La Biblia es un libro hecho entre los entresijos de la historia. No es un libro escrito en placas de oro y bajado por algún ángel del cielo, que algún hombre copió antes que las placas sean llevadas de vuelta al cielo. La Biblia lleva en su hechura el calor, la sangre y el sudor de las múltiples circunstancias históricas que la produjeron. Esta realidad encarnacional de la Escritura debe ser tomada en cuenta no sólo en su formación, sino también en su interpretación. Los libros

que fueron escritos en el calor de la experiencia humana difícilmente puedan ser interpretados si uno se olvida de encarnar, de “hacer carne” aquellas enseñanzas que la Biblia entrega.

La historia de la Biblia comenzó con algo que para nosotros, personas de libros y de letras, nos suena bastante extraño: la tradición oral. Por siglos las narraciones, relatos, leyes, salmos, proverbios, y demás elementos verbales se pasaron de unos a otros de memoria, de forma oral. Las recomendaciones del Deuteronomio contenidas en un pasaje muy valioso llamado por los judíos *Shemá*, son muy aclaratorias: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas” (Deut 6:4-9). Todas las indicaciones tienen que ver con la memorización y la conservación de los textos aludidos.

Finalmente, cuando Israel ya se hubo educado en las letras, los relatos orales comenzaron a guardarse de forma escrita. Es muy probable que uno de los primeros relatos en pasar de la palabra hablada a la escritura haya sido el que se relata en Deuteronomio 26:5-10. La experiencia de este “arameo errante” que fue el padre de quien cuenta el relato pudo haber generado muchos otros relatos del Antiguo Testamento hasta ir formando libros enteros. Porque, cuando alguien contaba la experiencia del “arameo errante”, por ejemplo, alguien podía preguntar: ¿Por qué se dice que nuestro padre era un arameo? La contestación daba origen a un largo relato sobre el origen arameo de Jacob o Israel. Estas “interpretaciones” de los relatos originales eran llamadas por los judíos *midrash*, plural *midrashim*. Quizá alguien más preguntaba: ¿Por qué dicen que era errante? O, ¿por qué bajó a vivir a Egipto? ¿Cómo fue que se hicieron numerosos en Egipto nuestros antepasados y cómo

vivieron en Egipto? ¿Por qué se dice que Dios hizo obras portentosas para sacarnos de allí? ¿Cómo nos trajo Dios aquí, a esta tierra que fluye leche y miel? A simple vista, es claro cómo una sola confesión de fe tan importante como la del “arameo errante” pudo haber dado origen a libros enteros como el Génesis, el Exodo, o Josué, por ejemplo.

La Biblia judía o *Tanaj*, que nosotros los cristianos llamamos Antiguo Testamento, está arreglada en tres partes: (1) la Ley, o *Torá*, (2) los Profetas, o *Nebiim*; y (3) los Escritos, o *Ketubim*.

(1) La ley, también conocida como Pentateuco, del griego *penta*, cinco, y *teujós*, cajas,¹⁰ según la más pura tradición hebrea, fue escrita íntegramente por Moisés. Moisés recibió la revelación directamente de Dios en el monte Sinaí y, aunque los autores rabínicos difieren en sus explicaciones, se afirma que todos los detalles del texto (desde el léxico hasta la puntuación) le fueron dictados por Dios mismo. Hay varias citas en la Biblia sobre la paternidad literaria de Moisés sobre la *Torá* (2 Cró 25:4, 1 Rey 2:3, Esdras 6:18, Juan 5:46-47, Hechos 15:21). Cualquiera que haya leído el Pentateuco, sin embargo, sabe que nadie puede relatar su propia muerte, como allí sucede con la muerte de Moisés (Deut 34:5-8).

La estimación histórico-crítica del origen de la *Torá* es aún muy discutida. Sin embargo, desde un punto de vista puramente literario, la llamada hipótesis documentaria es la que mejor explica su origen. Esta hipótesis, propuesta por el teólogo protestante alemán Julius Wellhausen, sostiene que el texto actual del Pentateuco es el resultado de una compilación de textos de tres distintas fuentes históricas que fueron combinados y arreglados en un texto final que incorpora dentro suyo una cuarta fuente original. Esta última compilación y combinación se realizó en Israel alrededor de la época de Esdras, el escriba. Las dos primeras fuentes provendrían de la época del reino dividido entre Judá

10. Se refiere a las cajas donde se guardaban los libros, que en ese tiempo eran en forma de rollos. Con el tiempo, el *penta-teuco*, las “cinco cajas”, comenzaron a referirse a los cinco libros contenidos en ellas.

e Israel: Una lleva el nombre de Yavista (Y) porque llama a Dios por el nombre de *Yavé* o *Jehová*, y la otra lleva el nombre de *Elohista* (E) porque utiliza para Dios el nombre de Elohim. Una tercera fuente, llamada Sacerdotal (P), correspondería a una primera compilación realizada por los escribas del rey Ezequías. Finalmente, el texto Deuteronomico (D) representa una compilación de aquellas tres fuentes originales con otros fragmentos que habrían sido redactados por los escribas del rey Josías y por la escuela que siguió sus puntos de vista teológicos durante y después del exilio babilónico. Tras el regreso de Babilonia, las diferentes tradiciones habrían sido homogeneizadas y recopiladas por los sacerdotes produciendo el texto de la *Torá* así como lo conocemos.

(2) Los profetas, o *Nebiim*, fueron divididos por los judíos entre los “profetas anteriores”, que incluyen los libros históricos desde Josué hasta 2 Reyes, y los “profetas posteriores” que son los libros que nosotros llamamos usualmente libros proféticos y que incluyen los profetas llamados “mayores”: Isaías, Jeremías, Ezequiel, y los doce profetas llamados “menores”, no porque su enseñanza o influencia haya sido menor que los otros, sino porque sus escritos no son tan extensos como los “mayores”.

Los pro-fetas, del griego *pro*, “adelante, delante de” y *femi*, “decir, anunciar”, fueron aquellos que anunciaron delante de otros un mensaje que vino de parte de Dios. También pueden considerarse profetas aquellos que hablan en lugar de Dios, o en nombre de Dios. Los profetas no eran aquellos que anunciaban el futuro (como usualmente se piensa de ellos), sino aquellos que en nombre de Dios anunciaban al pueblo el mensaje de Dios para ellos. No eran adivinos, magos, ni astrólogos. Eran mensajeros o portavoces del Dios de Israel, que proclamaron el mensaje de Dios en modo muy preciso según las circunstancias históricas y las necesidades del momento que les tocó vivir. Los profetas llamaban al pueblo a vivir de acuerdo a la revelación de Dios dada en la Ley de Moisés, y recordaban al pueblo las bendiciones de vivir de acuerdo con las leyes de Dios, y las maldiciones de olvidarse de ellas.

(3) Los Escritos, o *Ketubim*, representan una tercera parte de la Biblia judía. Estos “escritos” incluyen libros que para nosotros son proféticos (Daniel) y poéticos (Salmos, Cantar de los Cantares, Lamentaciones, Job, Proverbios y Eclesiastés), narrativos (Rut y Ester) e históricos (1 y 2 Crónicas, Esdras y Nehemías). Estos libros fueron escritos por múltiples autores, en un período que va, sin entrar en mayores precisiones, desde los días de David hasta el retorno del exilio. Su variedad es tan grande que podría decirse que entre los “Escritos” se encuentra todo el resto del Antiguo Testamento que no puede clasificarse dentro de la Ley o los Profetas. Además, los géneros literarios en estos libros se entremezclan. Muchas secciones de los libros proféticos tienen secciones poéticas, al igual que algunas secciones del Pentateuco.

En conclusión, el Antiguo Testamento fue el producto escrito de una auténtica experiencia humana con Dios. Israel descubrió a Dios en su historia concreta, un Dios que fue revelándose cada vez más claramente como el único Dios, Creador y Señor del universo y de la historia humana, un Dios que no puede identificarse con ninguna imagen hecha por seres humanos. Es un Dios de vida, dueño de la vida y de la muerte; un Dios salvador, que se acerca misericordiosamente a su pueblo, pero que no puede ser manipulado; un Dios santo, que impone a su pueblo leyes morales y sociales; un Dios justo, que ama la justicia y que hace causa común con el pobre, el extranjero, el huérfano y la viuda; un Dios perdonador, que quiere la vida y no la muerte del pecador, pero que juzga y castiga al malvado; un Dios que quiere que todos sus hijos e hijas lleguen al conocimiento de la verdad y a la salvación eterna.

Formación del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento está compuesto por 27 libros escritos en griego durante la segunda mitad del primer siglo de la era cristiana. Se les llama “Nuevo” Testamento en oposición al “Antiguo” Testamento, que representó la alianza o pacto de Dios con la humanidad a través de Israel. Los primeros cristianos utilizaron ampliamente el Antiguo Testamento.

mento como sus Sagradas Escrituras (1 Cor 15:3), especialmente en la versión en griego llamada Septuaginta. Poco a poco, sin embargo, fue desarrollándose entre ellos la profunda convicción de que en Jesucristo, especialmente en su muerte y resurrección, Dios había sellado con ellos un nuevo pacto, un pacto que se había anunciado en el Antiguo Testamento (Jer 31:31), y que el Nuevo pacto sustituía (2 Cor 3:14, Heb 8:13).

Un somero análisis del **Nuevo Testamento** muestra un arreglo en cuatro secciones: (1) los Evangelios, (2) el libro de los Hechos de los Apóstoles, (3) las epístolas o cartas, y (4) el libro de Apocalipsis.

(1) Los evangelios son historias de la vida de Jesús escritas desde el punto de vista de quienes fueron testigos presenciales de la vida del Señor. Así comienza, por ejemplo, el evangelio de Marcos: “Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (Mar 1:1). Y el evangelista Lucas, quizá escribiendo unos años después de él comienza su evangelio con la siguiente declaración: “Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido.” (Luc 1:1-4).

Muchos consideran los evangelios como biografías de Jesucristo. Si bien es cierto que muchos de los rasgos de los relatos parecen biográficos, el interés de los evangelistas es más que sólo contar la historia de una persona. Los evangelistas escribieron respondiendo a las necesidades de las comunidades cristianas del primer siglo, necesidades que tenían que ver con diversos problemas en las comunidades, falta de entendimiento de la persona y obra de Jesucristo, y problemas doctrinales y personales de sus líderes.

Una cosa que siempre se debe recordar al pensar en el orden de los escritos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, es que el orden de presentación de los libros no es un orden cronológico sino un orden teológico. En el caso de los evangelios hay que darse cuenta que fueron escritos después de las epístolas. Las epístolas, como veremos más tarde, fueron escritas para solucionar problemas de las incipientes comunidades cristianas. El mismo énfasis continuó permeando los escritos cristianos, en este caso las historias de Jesucristo, o evangelios.

El profesor argentino Floreal Ureta ha escrito: “Los evangelios no pretenden ser una biografía completa del Salvador, pero sí dar un testimonio de sus actos, enseñanzas, muerte, resurrección y ascensión, de modo que los hombres sepan que en El, Dios ha descendido a la tierra para traerles su revelación definitiva y ofrecerles salvación”.¹¹ Así también el evangelista Juan declara el propósito de su escrito de la siguiente manera: “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn 20:30-31).

(2) Los Hechos de los Apóstoles representa la segunda parte del evangelio de Lucas, como puede verse claramente al comparar el comienzo del evangelio (Lc 1:1-4) con el comienzo del libro de los Hechos (Hch 1:1-3). El libro, que ha sido llamado por diversos comentaristas “Los Hechos del Espíritu Santo,” sigue una trama establecida por Lucas en las propias palabras de Jesús, cuando dijo: “pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch 1:8). La misión comienza en Jerusalén (Hch 2:1-8:3), sigue en Judea y Samaria (Hch 8:4-9:43), y continúa en otras numerosas provincias y naciones (10:1-20:38). La ciudad de Roma, capital del imperio en aquel momento, aparece en una primera lectura como el punto de

11. Floreal Ureta, *He Aquí el Libro* (Buenos Aires: Junta Bautista de Publicaciones, 1970), 26.

llegada, pero el final del libro es tan abrupto que ha llevado a los comentaristas a pensar que Lucas lo hizo a propósito, como para dar a entender que la misión de la iglesia “hasta lo último de la tierra” todavía continúa hasta el día de hoy.

(3) Las Epístolas. De un modo similar a los escritos de los profetas del Antiguo Testamento, una porción considerable del Nuevo Testamento está constituida por epístolas, un género literario que le vino a los apóstoles muy a mano para hacer frente a todo tipo de necesidades teológicas y humanas que las incipientes comunidades cristianas presentaban.

La predicación del evangelio en el primer siglo se extendió rápidamente entre diversas clases sociales y culturas, haciendo necesario que la enseñanza de los apóstoles se difundiera aún en lugares que ellos mismos conocieron de paso, en sus idas y venidas por las diversas regiones del mundo conocido predicando el evangelio de Jesucristo. Las cartas fueron instrumentos en manos de los apóstoles para instruir y educar esas comunidades en la fe, para animarles en la fe, para corregir deficiencias humanas y doctrinales, y para continuar su tarea pastoral cuando estaban lejos de esas comunidades. Como el “correo” de la época era llevado de mano en mano, muchas de esas cartas fueron entregadas a esas comunidades por enviados personales de los apóstoles, como Timoteo, Tito y Epafrodito, entre otros.

Las mayoría de estas cartas comienzan con un saludo (que incluye el nombre y la presentación del autor, a quienes escribe y el saludo propiamente dicho), continúan con una acción de gracias a Dios (que utiliza muchas veces fórmulas trinitarias), luego viene el cuerpo mismo de la carta (de variable longitud según hayan sido los temas a tratar), y terminan con una despedida (en la cual se solían agregar saludos personales a aquellas personas de la comunidad que habían sido conocidos o compañeros del apóstol originador de la carta).

Como dijimos antes, el orden bíblico de las cartas no es un orden

cronológico, como tampoco se sigue siempre el mismo orden en los manuscritos antiguos. El orden bíblico comienza con las cartas de Pablo (y aquí las más largas e importantes vienen primero), luego las otras cartas, entre las que se encuentran algunas llamadas generales o universales (porque no parecen tener un destinatario particular sino haber sido escritas para toda la cristiandad). El orden de estas últimas tampoco parece tener una razón especial, sino el largo de las mismas (las más largas vienen primero, de mayor a menor).

(4) El Apocalipsis. El último escrito del Nuevo Testamento, y último libro de la Biblia es el libro de Apocalipsis o Revelación del Apóstol Juan, una obra de difícil lectura y más difícil interpretación, un libro escrito en un lenguaje muy diferente al del resto del Nuevo Testamento.

El libro de Apocalipsis no es la única literatura apocalíptica de la Biblia. Ejemplos de ella podemos encontrarlos en el Antiguo Testamento en los profetas Ezequiel, capítulos 40-48, Daniel, capítulos 7 al 12, y Zacarías, capítulos 1-6, y en el Nuevo Testamento en Mateo 24, en Marcos 13 y en la primera carta del apóstol Pablo a los Tesalonicenses. El género apocalíptico es una variante de la literatura profética. Mientras la profecía se expresa con palabras proféticas, la apocalíptica se expresa con visiones proféticas. La mayoría de esas visiones proféticas son altamente simbólicas y utilizan símbolos culturales y teológicos que dan lugar a múltiples interpretaciones por la sencilla razón que el simbolismo se ha perdido. El lector no informado de esos simbolismos culturales y teológicos debe tener mucho cuidado en avanzar interpretaciones de las visiones proféticas.

En conclusión, el Nuevo Testamento está centrado en la persona, en la historia y en la obra salvadora de Jesucristo, tema que otorga unidad a los diversos libros que lo forman, y que lo distingue del claramente del Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento existe porque Jesús “manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él” (Jn 2:11). Los discípulos, testigos de su gloria, sintieron la necesidad de comunicar esta

nueva fe y esperanza que los animaba. Los que aceptaron su mensaje fueron constituyendo el nuevo pueblo de Dios, un pueblo al cual estaban invitados a participar todos los hombres y mujeres de todas las naciones. El Nuevo Testamento enseña que Jesús, por su vida, muerte y resurrección, ha manifestado el poder y el amor salvador de Dios. La obra de Jesucristo se describe de diversas maneras, entre las cuales se encuentran expresiones como “salvar de los pecados” (Heb 9:28), “dar su vida en rescate por muchos” (Mat 20:28), “liberar de la esclavitud del pecado” (Gál 5:1), “reconciliar con Dios” (Ef 2:14-16, 2 Cor 5:18-19), y muchas otras.

Si bien es cierto que para Jesús y los primeros discípulos las “Sagradas Escrituras” eran las del Antiguo Testamento, y también es cierto que la persona y las enseñanzas de Jesús, así como el resto de los escritos del Nuevo Testamento sólo se pueden entender a la luz de el Antiguo Testamento; es igualmente cierto que no todos los aspectos de la revelación del Antiguo Testamento conservan igual validez para un cristiano. La formación del Nuevo Testamento es el testimonio más vivo y real de ello. Los autores del Nuevo Testamento, queriéndolo o sin querer, produjeron una reinterpretación de la revelación antigua a la luz de la nueva revelación que ellos habían recibieron en la persona y la obra de Jesucristo.

El Nuevo Testamento, entonces, es para el cristiano la culminación de la revelación que Dios preparó históricamente en el Antiguo. El cristiano entiende que Dios quiso manifestarse a la humanidad de una manera progresiva hasta llegar a la plenitud de la revelación que es Cristo Jesús (Heb 1:1-2). El Nuevo Testamento no desprecia el Antiguo, sino que se ve a sí mismo como el cumplimiento de aquellas promesas de Dios a Israel (Mat 1:23; Hch 2:16-21; Rom 15:9-12). Los diversos aspectos de la ley, del culto y de la doctrina sobre el destino personal del ser humano y de la comunidad establecidos en el Antiguo Testamento son ahora interpretados a la luz de la revelación más plena encontrada en Jesucristo, de modo que ciertas instituciones y valores son sustitui-

das por otras realidades (Hch 15; Gal 3:23-29; Col 2:16-17; Heb 7:11-10:18). El Nuevo Testamento no pretende convertirse en una nueva legislación que reemplace la Ley de Moisés. Sin ser un nuevo legalismo, el Nuevo Testamento da al cristiano principios permanentes por los cuales puede guiar su fe y su práctica. Jesús sintetiza la legislación de Moisés en la ley del amor (Mat 22:34-40; Juan 13:34-35). Este es el sentido más profundo del Nuevo Testamento, un testimonio permanente de la vitalidad y la relevancia de la revelación última de Dios en Jesucristo.

La Biblia: desde el Nuevo Testamento hasta nuestros días

Como ya hemos dicho, todos los textos que componen la Biblia están entramados en los procesos históricos relacionados con su formación y mantenimiento, toda vez que esos procesos fueron llenos de la revelación y manifestación autónoma del Dios trino. Este orden es de suprema importancia para poder entender la naturaleza de toda la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamentos. La revelación se origina en Dios. Los textos bíblicos no pueden aislarse ni de su origen divino ni de la historia humana en que se manifestaron y se registraron. La Biblia es esa revelación y manifestación autónoma del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en el ámbito humano, con el propósito de establecer y mantener con cada uno de nosotros, miembros de la humanidad que El creó, un compañerismo de paz, redención, vida abundante y eterna salvación.

La historia de la Biblia no terminó cuando se escribió el último libro del Nuevo Testamento. La historia de la trasmisión, traducción y puesta al día de los textos bíblicos en casi veinte siglos desde que aquel último libro fuera escrito, representa una historia épica y valiosa. En todas sus etapas históricas la Biblia tuvo sus defensores y sus detractores, aquellos que la quisieron bien y que muchas veces la defendieron hasta la muerte, y aquellos que quisieron destruirla y hacerla desaparecer de la faz de la tierra. La historia de la Biblia continúa en nuestros días dando un precioso testimonio del poder de Dios que no sólo inspiró a sus escri-

tores, sino que también inspiró a sus copistas, a sus traductores, a sus editores, publicadores y distribuidores; en fin, a todos aquellos que desde siempre se han ocupado que este texto esté disponible a la necesitada humanidad, que nos incluye.

Una primera etapa en el desarrollo histórico del texto bíblico lo representa la formación del canon¹² de cada uno de los Testamentos. Este proceso de unificación fue independiente para cada uno de ellos. Ya hemos dicho que la Biblia es un “Libro de libros”. No tendríamos la Biblia si estos múltiples libros que forman el Antiguo y el Nuevo Testamentos no hubieran sido puestos juntos y ordenados de manera que tuvieran un propósito y un sentido.

También puede verse un desarrollo en la historia de la trasmisión del texto. Debemos recordar que Gutenberg inventó la imprenta recién en 1440. Hasta entonces la Biblia fue copiada a mano en distintos tipos de materiales, fundamentalmente papiros y pergaminos. La historia de la trasmisión del texto por los copistas (como se llamaba a los escritores) por más de doce siglos es también una historia apasionante. La invención de la imprenta hizo que se procurara un texto griego unificado. El primer texto impreso del Nuevo Testamento en griego fue publicado en 1516 por el erudito católico danés Desiderio Erasmo, más conocido como

12. La palabra “*canon*” deriva del griego, y significa literalmente una vara recta o caña. En sentido figurado, el término “*canon*” representa una norma o regla moral, como, por ejemplo, lo utiliza el apóstol Pablo (2 Cor 10:13). Tanto el término como el sentido teológico de “*canon*” son de origen cristiano. El “*canon bíblico*” representa aquella “lista”, “índice” o “catálogo” de libros sagrados, oficialmente reconocidos por las autoridades religiosas como parte integral de la Biblia, cuya autoridad es considerada como normativa para los creyentes. Cada uno de los testamentos recibió su canon de parte de las autoridades religiosas de sus propias confesiones. El cánon de los 39 libros del Antiguo Testamento fue completado por rabinos judíos, y hay debate entre ellos si fue establecido en un supuesto Concilio que se reunió en Jamnia entre los años 90 al 100 d.C., o en algún otro momento posterior. El cánon del Nuevo Testamento fue publicado originalmente por Atanasio de Alejandría en 370 d.C. y consagrado el Tercer Concilio de Cartago de 397 d.C. El estudiante que esté interesado en profundizar en los detalles históricos de la formación del canon bíblico debiera leer Gonzalo Báez-Camargo, *Breve historia del Canon bíblico*, tercera edición (Mexico: Ediciones Luminar, 1980).

Erasmus de Rotterdam. El texto fue llamado más tarde el “texto recibido” (*textus receptus* en latín), y fue la base para múltiples traducciones famosas, entre las cuales se cuentan la del rey Jaime (King James Bible en inglés) y la versión de Casiodoro de Reina en español, versión base de la Biblia castellana más leída y citada actualmente.

La traducción de la Biblia a otros idiomas representa otro desarrollo histórico apasionante. Desde muy temprano la Biblia fue traducida a otros idiomas. La así llamada “Vulgata” (traducción al texto vulgar, o común) fue una traducción de la Biblia al latín, realizada a finales del siglo 4 por Jerónimo de Estridón, a pedido del papa Dámaso I. Ulfilas, obispo y misionero a los godos también tradujo la Biblia al Gótico en el siglo 4, y en el siglo 5 fue traducida al armenio, al siríaco, al copto, al etíope y al georgiano. Cada uno de los idiomas corrientes del mundo tiene algún héroe como traductor bíblico: Wycliffe al inglés, Lefevre al francés, Lutero al alemán, entre muchísimos otros.

La traducción y producción de la Biblia en español que los protestantes y evangélicos usamos comúnmente, la “Reina-Valera” como la llamamos, también tuvo una conmovedora historia, siendo que la lectura y traducción de la Biblia estaban prohibidas en la España del siglo 16. Tanto Casiodoro de Reina como Cipriano de Valera arriesgaron sus vidas viviendo en el exilio para darnos la traducción original de la Biblia que nosotros leemos, así como muchos otros sufrieron el exilio y la muerte aún por distribuirla y pasarla de mano en mano.¹³

En los comienzos del siglo 21 la Biblia, o parte de ella, ha sido traducida a 2287 idiomas y dialectos. La Biblia está presente en cada continente del mundo entero. Las Sociedades Bíblicas Unidas, la unión de traductores, publicadores y distribuidores de la Biblia más grande del mundo está compuesta por 146 sociedades bíblicas nacionales operando en más de 200 países. Ese es el alcance actual de la Biblia: cada

13. Si el lector quiere ahondar en el estudio de los escabrosos detalles de esta apasionante historia, debiera consultar el libro de Floreal Ureta ya mencionado: *He aquí el Libro*.

persona viva en el mundo entero tiene a su disposición algún texto de la Biblia para poder relacionarse con él. Esta realidad es una prueba más de la bondad de Dios y de la revelación histórica con la que el propio Dios está comprometido.

El profesor Floreal Ureta escribe: “La Biblia tiene una historia conmovedora en cuanto al amor que los hombres han manifestado hacia ella y en lo que respecta a los sacrificios que han hecho para hacer que esa Palabra sea conocida. Abramos, entonces, nuestra Biblia. Pero primero demos gracias al Señor por tener su Palabra y al abrirla, tú y yo, tomemos el compromiso de estar a la altura de esa “grande nube de testigos” cuyo ejemplo es para nosotros un permanente desafío”.¹⁴

III. LA BIBLIA COMO PALABRA DE DIOS: REVELACIÓN, INSPIRACIÓN, AUTORIDAD

Antes de emprender un estudio bíblico serio, todo lector tiene que tener en claro ciertos valores teológicos de la Biblia. Por ejemplo, la verdad. Si la Biblia no fuera la verdad, no valdría la pena estudiarla. Otro valor teológico es el de ser la Palabra escrita de Dios. Si la Biblia no fuera Palabra de Dios, no valdría la pena estudiarla. Entre los principales valores que la Biblia tiene se encuentran estos tres: ser la revelación especial de Dios, ser un libro inspirado por Dios, y ser un libro que tiene autoridad espiritual. Veámoslos brevemente.

La revelación de la Biblia

Al comenzar su epístola a los Romanos, el apóstol Pablo se refiere a dos tipos de revelación que vienen al ser humano de parte de Dios: la revelación general, aquella que vemos en la creación (Sal 19:1-6) y la revelación especial, aquella que vemos en la ley de Dios (Sal 19:7-14). El apóstol lo expresa así: (I) Revelación general: “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente vi-

14. Ureta, *Ibid*, 38.

sibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Rom 1:20), y (2) Revelación especial: “Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio” (Rom 2:14-16).

La Biblia es un modo de la revelación especial de Dios. La Biblia es más que una revelación en general que uno tiene que deducir en base a las posibilidades de que el mundo entero haya tenido o no un autor o creador. La Biblia es un modo de la voz de Dios, un modo de la revelación directa y particular de Dios. La Biblia nos enseña que Dios ha hablado a los seres humanos “muchas veces y de muchas maneras” (Heb 1:1). Dios se ha manifestado por medios excepcionales, como a Moisés en la zarza que ardía pero no se consumía (Exo 3:2-4); a otros por sueños y visiones, como a Jacob (Gen 46:2), Ezequiel (Ez 8:3, 40:2), Daniel (Dan 7:7), o Pablo (Hech 16:9); a otros por oráculos como el Urim y el Tumim (1 Sam 28:6); a otros por medio de ángeles (Mat 1:20), por un burro (Num 22:28), por los profetas (Os 1:1, Joel 1:1, Heb 11:1); y aún a otros directamente, sin intermediario ninguno (Num 28:1).

La revelación así entregada tiene dos niveles, uno personal y otro universal. Es natural pensar que lo que Dios comunicó a estas personas que recibieron su revelación fue algo que tenía que ver directa y personalmente con la situación vital concreta que ellos estaban enfrentando. Pero a la vez, esa comunicación de Dios tuvo una dimensión general o universal. Así le pasó, por ejemplo, a Jacob en Bet-El (Gen 35:10-11). (1) Nivel personal: “Y le dijo Dios: Tu nombre es Jacob; no se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel será tu nombre; y llamó su nombre Israel”. (2) Nivel universal: “También le dijo Dios: Yo soy el Dios omnipotente: crece y multiplícate; una nación y conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos”.

Del mismo modo podemos analizar la Biblia como revelación de Dios. A nivel personal la Biblia es un registro de la revelación de Dios. La Biblia cuenta la historia de la revelación de Dios que se entregó a Abraham, a Isaac, a Jacob, a Moisés, a los profetas, y demás. Cada escritor de alguna de las múltiples historias que la Biblia relata registra la revelación de Dios manifestada en la historia particular o individual que se relata. Pero a nivel general o universal, cada una de esas historias se manifiestan a sí mismas como una revelación en sí. Las historias que la Biblia relata dejan de ser registro de una revelación personal para convertirse ellas mismas en una revelación general e universal, para todos. Puede ser que muchas de las situaciones que a nosotros, como lectores, nos tocan vivir, no tengan mucho que ver con las historias que la Biblia relata, pero de una manera que no podemos explicar y en formas que no tenemos palabras para expresar, muchas veces esas historias de personas extrañas y de tiempos lejanos comienzan a tener para nosotros una cercanía personal, individual y profunda. La revelación universal de Dios nos toca a cada uno como revelación especial y particular.

Según el teólogo Millard Erickson, la revelación especial de Dios toma en la Biblia cuatro características o modalidades: antropomórfica, analógica, verbal y encarnacional.¹⁵ (1) En muchas ocasiones la revelación de Dios es antropomórfica, es decir, toma formas y categorías del pensamiento y del modo de ser humano. Por ejemplo, Dios se describe actuando “con mano fuerte y brazo extendido” (Deut 5:15), Dios tiene un “rostro” (Lev 20:3), tiene “ojos” que contemplan toda la tierra (2 Cró 16:9), su “boca” lo ha dicho (Jer 9:12). Además, Dios tiene actitudes y sentimientos humanos, está “disgustado con la nación” por cuarenta años (Sal 95:10), se “ríe” de los impíos (Sal. 37:13), tiene un gran “celo” y por eso se le llama “Jehová de los ejércitos” (1 Rey 19:31). (2) Desde otro punto de vista se puede decir que la revelación es analógica. Dios es como “león a Efraín, y como cachorro de León a la casa de Judá” (Ose 5:14). Como lo que Dios revela es incomprensible para el ser humano, Dios lo revela de modo que se haga comprensible. Lo in-

15. Millard Erickson, *Teología sistemática* (Barcelona: Editorial Clie, 2008), 203-216.

visible se torna visible, lo impensable se torna pensable, lo imposible se torna posible. Dios revela el amor infinito, aunque como seres humanos no sepamos lo que es el amor. Dios revela el perdón eterno, aunque como humanos apenas si sabemos lo que es perdonar. (3) Un tercer modo de la revelación es el modo verbal. Esta es la manera de hablar de los profetas. Una expresión favorita del profeta es “Vino a mí Palabra de Jehová diciendo...” (Jer 34:12, Eze 6:1, Jon 1:1). Hay un hablar, un discurso, una palabra que viene de Dios. El discurso puede tomar distintas formas, sea una expresión audible, puede ser silencioso, puede ser en medio de un sueño o una visión, puede ser como interpretación de un hecho. En todos estos ejemplos, lo que Dios revela es un discurso, una serie de palabras conectadas con un sentido inteligible. (4) La revelación especial más elevada de Dios es la encarnación. Jesucristo es la palabra de Dios encarnada, el Logos divino que se hizo carne para que nosotros podamos conocer a Dios (Jn 1:1, 14), el Hijo, a través del cual Dios nos habla “en estos postreros tiempos” (Heb 1:1-2) de una manera final y definitiva. La expresión que el autor de Hebreos utiliza para describir a Jesucristo es triple: (a) él es “el resplandor de su gloria”, es decir la luminosidad de la llama que es Dios; (b) él es “la imagen misma de su sustancia”, es decir, la estampa y el carácter de su Padre; y (c) él es “quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”, es decir, el Logos de Dios, la razón, la expresión, el último y definitivo esquema de la revelación de Dios. Estas cuatro modalidades de la revelación especial son como un proceso en el cual Dios se va revelando a la humanidad perdida de una forma cada vez más acabada y cumplida.

Estudiar la revelación especial de Dios nos enseña una vez más que es Dios quien toma la iniciativa de darse a conocer de un modo más completo que con la revelación general. En la revelación general conocemos a Dios haciendo deducciones. En la revelación especial Dios se manifiesta directamente de un modo que se ajusta a nuestro entendimiento. De modo que hay esperanza para nosotros, seres humanos alejados de Dios y perdidos en nuestros delitos y pecados. Tenemos modo de acercarnos a Dios, conocerle y seguir creciendo en el conoci-

miento de lo que Dios promete y espera de sus hijos e hijas.

La inspiración de la Biblia

Un segundo valor de la Biblia es la de ser un Libro inspirado por Dios. “Aunque están íntimamente relacionadas entre sí”, escribe el profesor James Leo Garrett, “la revelación y la inspiración no son idénticas. En la revelación, Dios obra a través de hechos históricos y experiencias humanas para darse a conocer salvíficamente a los seres humanos. La inspiración es la obra de Dios a través de los autores bíblicos de manera que se vea asegurada una declaración auténtica y un registro escrito de la revelación”.¹⁶

El término inspiración deriva del latín *in-spirare*, literalmente “soplada por adentro”. La palabra griega que se utiliza en 2 Timoteo 3:16, sin embargo, es más clara: *teo-pneustos*, que significa: “soplada por Dios”. La inspiración es la influencia que el Espíritu Santo ejerció y continúa ejerciendo sobre los escritores, redactores, impresores, lectores, y todo otro proceso relacionado con la producción, la trasmisión, la traducción y la puesta al día de la Palabra, de modo de asegurar que la revelación de Dios llegue a su destinatario intencional con la fuerza y el propósito con el cual Dios la envió originalmente. Millard Erickson lo expresa así: “Aunque la revelación es la comunicación de la verdad de Dios a los humanos, la inspiración se relaciona más con la trasmisión de esa verdad desde el primer receptor a otras personas, en aquel momento o posteriormente. Por lo tanto, la revelación se debería considerar como una acción vertical, y la inspiración como un tema horizontal”.¹⁷

La inspiración de la Biblia está íntimamente relacionada con la doble naturaleza de la Biblia, la divina y la humana. Desde un punto de vista divino, la inspiración garantiza la paternidad divina del Libro, mientras que desde un punto de vista humano, la inspiración protege la

16. James Leo Garrett, *Teología sistemática: Bíblica, histórica, evangélica, Tomo I* (El Paso, Casa Bautista de Publicaciones, 1996), 123.

dimensión humana de los escritores, editores, traductores, o lectores. Así expresa el apóstol Pedro este doble filo del concepto de inspiración: “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada (es decir, “privada” del Espíritu, sin tener la inspiración del Espíritu Santo), porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo (2 Pe 1:20-21). La voluntad y la inspiración son de Dios, las palabras son de los “santos hombres de Dios”.

Millard Erickson señala cinco puntos de vista o teorías de inspiración que los cristianos han tenido y todavía mantienen sobre la inspiración: la teoría de la intuición, la teoría de la iluminación, la teoría dinámica, la teoría verbal y la teoría del dictado. Es de suponer que quien sostiene una teoría no gusta de la otra, y viceversa. Debemos tener mucho cuidado que la divergencia entre las teorías no nos haga perder de vista la realidad de la inspiración. Las Escrituras son inspiradas. De esto no tenemos duda. ¿Cómo se realizó esa inspiración? La propia Biblia no nos dice. No sabemos cómo, pero la inspiración del Espíritu Santo ha estado y continúa estando con la Biblia. Cuando el lector toma la Biblia en sus manos y la abre para leerla y meditarla, ya el Espíritu Santo de Dios ha estado obrando en el corazón del lector para que comprenda su contenido y para que permita que la Palabra de Dios haga en él o ella el propósito para el cual Dios la envió (Isa 55:10-11).¹⁸

El propósito de entender la inspiración no es puramente cognitivo. No es sólo cosa de poder clasificar las teorías de inspiración según algún catálogo teológico dado por alguna teología sistemática. El propósito de entender la inspiración es dejar que la Palabra de Dios haga su obra en nosotros. Así lo expresa Pablo a Timoteo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Tim 3:16-17). Para eso

17. Erickson, *Ibid*, 225-226.

18. Erickson, *Ibid*, 244-245.

sirve la inspiración: para enseñarnos, para redargüirnos, para corregirnos, para instruirnos en justicia, para hacer que cada uno de nosotros, los lectores de la Palabra, seamos “perfectos, enteramente preparados para toda buena obra” que Dios ha puesto en nuestro camino para hacer. “Como la Biblia ha sido inspirada”, escribe Erickson, “podemos confiar en tener la instrucción divina. El hecho de que no viviéramos cuando sucedieron las revelaciones y las enseñanzas por primera vez no nos empobrece espiritual y teológicamente. Tenemos un guía seguro. Y estamos motivados a estudiarlo en forma intensa, ya que su mensaje es realmente la Palabra de Dios para nosotros”.

La autoridad de la Biblia

Un tercer valor afirma el beneficio del estudio de las Escrituras: la Biblia es un Libro que tiene autoridad espiritual. Como veremos, revelación, inspiración y autoridad son conceptos íntimamente relacionados en la naturaleza bíblica.

La autoridad es un tema bastante controvertido en la sociedad que nos ha tocado vivir últimamente. Por alguna razón que sería interesante debatir otro día, y por causa del pecado en su corazón, el ser humano contemporáneo rechaza todo tipo de autoridad, sea religiosa, moral, cultural, política o científica. Es cierto que las deformaciones políticas de las distintas formas de autoridad a las que la sociedad nos somete han derivado en distintos tipos de autoritarismo y formas dictatoriales de ejercer el poder, descubiertas y encubiertas. Además, la sociedad actual está lleno de candidatos que luchan por nuestra lealtad. Desgraciadamente, la propia historia de la iglesia cristiana no ha sido un ejemplo de imitar. La dureza de estas realidades no debiera hacernos desviar nuestra vista de la autoridad de Dios o la autoridad que las Escrituras derivan de Dios por ser Palabra de Dios. Las confesiones de fe bautistas suelen afirmar nuestra creencia en la Biblia como “nuestra única regla de fe y práctica”. ¿Qué queremos decir con ello? ¿En qué sentido es la Biblia nuestra fuente de autoridad?

Cuando decimos que la Biblia tiene autoridad espiritual queremos decir que la Biblia, como Palabra de Dios y manifestación de la voluntad de Dios para nosotros los cristianos, posee el derecho supremo, dado por Dios, de definir aquello que podemos creer y cómo debemos comportarnos a la luz de sus enseñanzas. En ese sentido ella dirige nuestra fe y nuestra práctica.

Ni Dios ni su Palabra nos fuerzan a hacer algo que esté más allá de nuestra voluntad. Eso sería indigno de un Dios que nos ha creado con completa libertad de albedrío. El hecho de que Dios no nos fuerce, sin embargo, no quiere decir que no tenga el derecho de requerir nuestra lealtad. Dios es nuestro creador, nuestro redentor, y nuestro juez. Dios tiene todo derecho sobre nosotros, sus criaturas. Dios no es autoritario, pero es nuestra autoridad suprema. La Biblia deriva su autoridad de la autoridad de Dios, por eso tiene autoridad como Palabra de Dios. Conocemos esa autoridad porque la inspiración del Espíritu Santo nos hace comprender su carácter de revelación. Los valores de la revelación, inspiración y autoridad de las Escrituras se interrelacionan y se sostienen el uno al otro.

La única manera en que el lector puede asimilar el contenido de la revelación bíblica es por medio de la inspiración del Espíritu Santo. La comunidad cristiana puede ayudarnos en su comprensión, pero no puede ser la autoridad final. La razón y la inteligencia pueden ayudarnos, pero no pueden asimilar cosas que fueron enseñadas analógicamente porque no hay otro modo de explicarlas. La inteligencia y la razón no pueden superar nuestra naturaleza pecaminosa. La única manera de hacer sentido de la Biblia es mediante la inspiración e iluminación del Espíritu Santo. La obra del Espíritu, según enseña Jesús en el evangelio de Juan es cuádruple: (1) El Espíritu enseña a los creyentes todas las cosas y les recuerda lo que Jesús enseñó (Jn 14:26); (2) El Espíritu da testimonio de Jesús (Jn. 15:26-27); (3) el Espíritu convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Jn. 16:8); y (4) el Espíritu guía a los creyentes a toda la verdad. No habla de su propia cuenta, sino que habla todo lo que

oye de parte de Dios (Jn 16:13), todo con el fin de glorificar a Jesús (Jn 16:14). Estas cuatro dimensiones de la obra del Espíritu en el creyente son realizadas por medio de las Sagradas Escrituras.

Es la Biblia que, por la iluminación del Espíritu, enseña al creyente todas las cosas, y recuerda lo que Jesús enseñó. Es la Biblia la que da testimonio de Jesús. Es la Biblia la que convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Es la Biblia la que guía a los creyentes a toda la verdad. Todo esto lo hace la Biblia a través de la inspiración del Espíritu Santo que enseña al creyente, con toda autoridad, la verdad de la revelación de Dios.

IV. CÓMO ENCARAR EL ESTUDIO BÍBLICO

Ahora que hemos considerado la naturaleza bíblica, la historia de la Biblia y las historias que la Biblia relata, y los valores teológicos que determinan la importancia de la Biblia como Palabra de Dios, tomemos un tiempo para considerar, de un modo práctico, cómo encarar un estudio bíblico que haga honor a estas tres, cómo tener un método efectivo para estudiar la Biblia. Comenzamos reconociendo que no hay un único y verdadero método de estudio bíblico, sino que los distintos autores e intérpretes bíblicos dan valor a distintos métodos que, a su modo, todos iluminan el estudio bíblico.

Quisiera dividir este último capítulo de este estudio en tres partes: (1) las condiciones necesarias para el estudio bíblico efectivo, (2) las herramientas necesarias para el estudio de la Biblia, y (3) los elementos iluminadores del estudio bíblico.

Condiciones necesarias para un estudio bíblico efectivo

El estudio de la Biblia no es sólo la aplicación de un método. Hay quienes quieren hacer ese estudio de un modo tan técnico que se olvidan que la Biblia es la Palabra escrita de Dios. Por el otro lado, hay

quienes hacen de la Biblia un libro tan “espiritual” que no encuentran ningún método que pueda adecuarse a su estudio. Ni lo uno ni lo otro son verdad. La Biblia, por ser de Dios, es palabra eterna, pero por ser humana y por ser palabra, se ajusta al estudio metódico y organizado. Algunas condiciones son necesarias para este estudio:

(1) La **primera** condición es la conversión del punto de vista del lector. Si un estudiante de la Biblia no tiene fe y obediencia, como ya hemos dicho, no podrá hacer sentido de lo que lee. Jesús requirió de Nicodemo el “nacer de nuevo” (Jn 3:3), o “nacer del Espíritu” (Jn 3:6). Estudiar la Biblia es más que sólo aplicar una serie de conceptos o descubrir ciertas metodologías textuales o literarias que puedan iluminar los escritos antiguos.

(2) Una **segunda** condición es la de aplicar su corazón a entender el texto de una manera espiritual. Así escribe el apóstol Pablo: “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Cor 2:12-14). El que lee la Biblia debe llevar “cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Cor 10:5).

Estudiar la Biblia no es sólo aplicar algún método. Cualquier método que se utilice se debe adecuar a la naturaleza espiritual del escrito. No podemos cerrar la mente a las cosas nuevas que el Espíritu pueda enseñarnos a través del estudio de la Biblia. Si una persona no quiere aprender cosas nuevas, de más estará que busque estudiar. Estudiar es aplicar el poder de la mente de modo que podamos conocer “como fui conocido” (1 Cor 13:12). Sin embargo, debemos también reconocer que “ahora vemos por espejo, oscuramente” (1 Cor 13:12).

(3) Una **tercera** condición es la de aplicar la mente y estudiar en serio. Hay personas que dicen que quieren estudiar la Biblia, pero no quieren pagar el precio de estudiar los idiomas originales —hebreo, arameo, griego— para poder comprenderla mejor. Hay otros estudiantes que sólo quieren ver las verdades “espirituales” o “devocionales” de la Biblia, pero no quieren entender las dificultades textuales y las complicadas variantes en que la palabra escrita se expresa. Entender la diferencia entre una sinécdoque y una metonimia no parecerá una cosa demasiado espiritual, pero si no podemos saber de qué se trata, poco favor le haremos al estudio bíblico.

(4) Una **cuarta** condición es necesaria para aprender, y es la humildad. El apóstol Pablo dice que “El conocimiento envanece, pero el amor edifica. Y si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo” (1 Cor 8:1-2). Para poder aprender, debemos tener una actitud humilde. El que piensa que ya lo sabe todo, nunca aprenderá nada nuevo. La Biblia sólo puede enseñar a aquel “que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Rom 12:3).

(5) Una **quinta** condición: se necesita oración y dependencia del Espíritu Santo. El Espíritu es nuestro maestro, el Espíritu nos “enseña todas las cosas” dijo Jesús (Jn 14:26). Al comenzar todo estudio bíblico es necesario elevar una oración al Señor para que él nos aclare su Palabra de modo que podamos comprenderla en todo su sentido cabal.

Herramientas necesarias para el estudio de la Biblia

“El que ha leído la Biblia y nada más que la Biblia no ha leído la Biblia”. Este antiguo adagio del estudio bíblico nos recuerda que todo libro hace sentido en medio de un gran conglomerado de otros libros que lo aclaran y le dan contexto. Para poder estudiar la Biblia con provecho necesitamos de diversas herramientas que nos ayudan a comprender su sentido.

(1) Las **primeras** herramientas que necesitamos para estudiar la Biblia son varias Biblias. La versión de la Biblia que los evangélicos-protestantes usualmente utilizamos en español es la Reina-Valera de 1960. Pero esa no es la única traducción de la Biblia al español. Para estudiar el texto es necesario comparar diversas traducciones de modo que podamos constatar que de veras entendemos qué dice la traducción que nosotros utilizamos. Todas las traducciones son confiables, no todas entendibles. Por ejemplo, Juan 13:5 en la versión Reina-Valera de 1960 lee: “Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido”. No muchos entendemos ya la palabra “lebrillo”, entonces la Biblia de las Américas traduce “vasija”, y la Nueva Versión Internacional traduce “recipiente”. Eso nos aclara. También dice Reina Valera de 1960 que Jesús comenzó a “enjuagarlos” con la toalla. Muchos confunden “enjuagar” (que significa “secar”) con “enjuagar” (que significa “aclarar y limpiar con agua lo que se ha enjabonado”). Aunque uno no tenga un diccionario a mano, al leer otras versiones esto también se aclara. Tanto Biblia de las Américas como Nueva Versión Internacional, ambas traducen “secárselos”.

Las principales Biblias que necesitamos son las Biblias de estudio. Muchas personas no quieren utilizar Biblias de estudio porque creen que defienden doctrinas particulares, atacan posiciones doctrinales de otros cristianos, y promueven controversias teológicas. Si bien es cierto que hay Biblias que hacen eso, las mejores Biblias de estudio no lo hacen. Una Biblia de estudio ofrece ayudas que hacen que el estudio bíblico se haga más placentero y eficaz. Entre las principales ayudas que estas Biblias ofrecen se cuentan, en general: (1) Introducciones a los Testamentos, a los géneros literarios y a los libros de la Biblia. Esas introducciones usualmente aclaran las circunstancias históricas en que se piensa que cada libro se ha compuesto, ofrecen un panorama y un bosquejo general de cada libro, y presentan cada libro dentro del concierto general de los 66 libros de la Biblia. (2) Notas al pie de página que explican dificultades del texto, diferentes traducciones, aspectos literarios, particularidades de las personas, cosas, usos y costumbres, lugares, y

otros elementos poco conocidos por el lector, en fin, tratando de hacer que la comprensión del texto se haga más fácil. (3) Índices temáticos que incluyen, alfabéticamente, nombres propios y términos bíblicos de importancia en relación a las notas al pie de página. (4) Cuadros cronológicos, tablas de pesas y medidas, tablas de monedas, mapas, y muchas otras informaciones que de otra manera el lector debería buscar en diccionarios de la lengua, en diccionarios bíblicos, o en comentarios.

(2) Un **segundo** grupo de herramientas tienen que ver con libros especializados en la clarificación del texto bíblico. Entre ellos se encuentran los diccionarios bíblicos, las concordancias, los diccionarios teológicos, los comentarios bíblicos, y los programas de computación para el estudio bíblico. (1) Como su nombre lo indica, un diccionario bíblico es una lista alfabética de nombres, lugares, cosas, instrumentos, plantas, animales, y cosas semejantes que hacen al estudio bíblico. Si alguien no sabe, por ejemplo, qué era el “ajenjo”, cuál era la “cuarta vigilia” de la noche, o porqué se dice la expresión “desde Dan hasta Beerseba”, para esto están los diccionarios bíblicos. Un tipo especial de diccionario bíblico son los Atlas bíblicos, donde puede encontrarse información geográfica, mapas, fotos de lugares e información arqueológica e histórica. (2) Una concordancia es un libro donde se hacen “concordar” todas las citas bíblicas donde alguna palabra aparece. Este tipo de libro es de gran ayuda en el estudio temático de la Biblia, y también para la preparación de sermones y estudios bíblicos. También existen concordancias “temáticas”, donde en lugar de concordar palabras se concuerdan temas como “amor de Dios”, “fortaleza y debilidad”, “esperanza eterna”, y temas por el estilo. (3) Los diccionarios teológicos son libros en los cuales se estudian, también en modo alfabético, los principales temas teológicos de la Biblia. Allí se pueden encontrar, por ejemplo, estudios sobre los nombres de Dios, sobre los atributos de Dios, sobre la justificación, la regeneración y la salvación, y muchísimos otros temas teológicos que pueden ayudarnos en la interpretación bíblica. (4) Los comentarios bíblicos son libros donde se comentan los distintos textos bíblicos en un orden bíblico. El propósito del comenta-

rista es que el lector de la Biblia pueda leer su Biblia con el comentario abierto para ayudarlo en su interpretación. Los comentarios bíblicos incluyen muchas de las cosas que las otras ayudas mencionadas antes también nos proporcionan, por eso se recomienda leer los comentarios bíblicos una vez que ya hayamos hecho el esfuerzo propio de estudiar la Biblia por nuestra propia cuenta. Si así lo hacemos encontraremos que los comentarios van a repetir muchas cosas que nosotros ya hemos investigado por cuenta propia y podremos ver también cuál es la propia visión del comentarista, que muchas veces concordará con la nuestra, y muchas veces no. (5) Los programas de computación “Bible Works” y “Logos” se encuentran entre los mejores de su tipo para el estudio bíblico. Estos programas incluyen todas las ayudas mencionadas anteriormente en un programa de computación. Cuanto más avanza la técnica, más herramientas de las mencionadas antes se incluyen en los programas de computación. También hay páginas de internet que ofrecen ayudas para el estudio bíblico. Hay que tener cuidado aquí: el estudiante serio de la Biblia debe pesar la validez de los recursos ofrecidos en la internet preguntando a profesores de Biblia o al pastor de su iglesia sobre su utilidad.

Elementos iluminadores del texto bíblico

Así como se dice que “cada maestrillo con su librillo”, así también podemos decir que cada lector o cada estudiante de la Biblia realiza esa lectura y ese estudio de manera propia y según su leal saber y entender. Hay personas, sin embargo, que desean estudiar la Biblia con un propósito un poco más serio y sistemático. Siguen un método de estudio bíblico.

Entre las maneras de leer y los métodos de estudiar la Biblia que valen la pena mencionar, se cuentan: (1) El estudio del contexto cultural, social y religioso en que se desarrollaron los distintos libros de la Biblia. Para ello se utilizan las introducciones generales a cada uno de los Testamentos y las introducciones a los distintos géneros literarios bíblicos,

como por ejemplo, en el Antiguo Testamento, el Pentateuco, los libros poéticos, los libros proféticos; y en el Nuevo Testamento, los evangelios, las cartas, y demás. (2) El estudio de la Biblia “libro por libro”. Este tipo de estudio usualmente requiere leer una buena introducción a cada uno de los libros, para luego estudiar la estructura del libro, las secciones en que pueda dividirse, y las notas y comentarios que puedan encontrarse en las Biblias de estudio o en los comentarios bíblicos. (3) El estudio de algún texto en particular. En este caso, se recomienda primero ubicar cada texto en el contexto más amplio en que se encuentra, luego estudiar la estructura del libro y las secciones o títulos que afectan el estudio de aquel texto en particular. En el caso de los evangelios, es muy útil comparar el texto en consideración con sus relatos paralelos en los otros evangelistas. (4) El estudio por temas. En este tipo de estudio es cuando las concordancias, concordancias temáticas y comentarios bíblicos pueden ayudar mucho, del mismo modo que los índices temáticos que las Biblias de estudio puedan proveer. Al analizar el tema elegido debe evitarse leer los textos que puedan estar bajo consideración fuera de su contexto bíblico original, para no cometer el pecado de ubicar a los escritores fuera de su propio tiempo. Es decir, no debemos hacerle decir a Moisés lo que sólo Pablo pudo haber dicho.

En todos estos modos y métodos de estudiar la Biblia hay distintos elementos iluminadores del texto. **Hay elementos del lenguaje, elementos del contexto, y elementos de la cultura.** Cuando leemos, estos elementos aparecen todos reunidos en el mismo texto de un modo natural. Aparecen como aparecen, en el orden en que se van dando. La tarea de un lector cuidadoso es aislar estos elementos de tal modo que pueda comprender su modo de ensamblarse con los demás elementos que componen el texto. El estudio de la Biblia comienza con la observación cuidadosa de la manera de combinarse los elementos del texto.

I. Elementos del lenguaje: Los elementos más sencillos de aislar son los del lenguaje, pero a la vez son los más importantes. Entre los elementos del lenguaje se encuentran aquellos que tienen que ver

con la gramática y la sintaxis del texto; y aquellos que tienen que ver con las figuras literarias que aparecen en el texto.

Entre los **elementos que tienen que ver con la gramática y la sintaxis** de un texto tenemos los verbos, los sujetos, los objetos y las relaciones preposicionales y adverbiales. (1) Identificar los verbos nos da la idea de la acción del texto. ¿De qué se habla? ¿Qué están haciendo los personajes principales? ¿Cuál es el movimiento de la acción? (2) Identificar los sujetos nos da la idea de los actores de esos verbos. ¿Quién o quienes son los que realizan esas acciones verbales? ¿Quién o quienes sufren las acciones de esos verbos si estos verbos están en voz pasiva? (3) Identificar los objetos nos ayuda a completar la acción del verbo. ¿Quién o quienes reciben directamente las acciones de los verbos? ¿Quién o quienes reciben indirectamente las acciones de los verbos? (4) Las relaciones preposicionales nos ayudan a descubrir las distintas conexiones de las acciones verbales y los distintos actores y objetos. ¿Quién acompaña a esos actores y objetos? ¿Por qué o para quién se realizan esas acciones? ¿En dónde, desde dónde, hacia dónde, por dónde se realizan? ¿Con quién o quienes se acompañan los actores? (5) Las relaciones adverbiales nos indicarán si esas acciones se realizan siempre, si son reiteradas, o si vienen en un orden particular o determinado, por ejemplo. Estudiar los elementos del lenguaje de un texto es el primer paso en la comprensión de lo que Dios está tratando de decirnos y enseñarnos a través de ese texto de las Sagradas Escrituras.

Al analizar los **elementos que tienen que ver con las figuras literarias**, debemos darnos cuenta que la Biblia utiliza prácticamente todas las figuras del lenguaje que la literatura humana ha producido. Hacer una lista extensiva sería casi imposible. Entre las diez figuras literarias más comúnmente usadas en la Biblia tenemos las siguientes: (1) La parábola es una figura narrativa que lleva como finalidad comunicar una verdad espiritual central que es como su moraleja. Ejemplos de parábolas encontramos en los evangelios sinópticos, muy especialmente en Mateo 13, Marcos 4 y Lucas 15. (2) La alegoría es una figura narrati-

va en la cual los personajes, los objetos o los eventos sirven para simbolizar o representar otras cosas. La alegoría es una metáfora extendida que produce una representación simbólica. Un buen ejemplo se encuentra en Gálatas 4:24-26. (3) La analogía es una comparación o relación entre dos o más seres u objetos aplicando a uno de ellos una relación o una propiedad que está claramente establecida en el otro. Una analogía permite la deducción de un termino desconocido a partir de análisis de la relación que se establece entre los dos términos conocidos. Ejemplos: Proverbios 25:12; Juan 6:52-60. (4) Una antítesis o paradoja es una contraposición de frases, palabras o ideas. Ejemplos: Proverbios 15:13; Salmo 1, Marcos 8:35, 2 Corintios 4:18. (5) Una hipérbole es una exageración con el fin de dar énfasis a una idea. Ejemplos: Números 13:33. Mateo 18:8-9, Mateo 19:24. (6) La ironía es un modo de expresión sarcástica que intenta dar a entender lo contrario de lo que se dice. Ejemplos: 1 Reyes 18:27; Job 12:2; Marcos 15:31. (7) La metáfora es una figura retórica que consiste en denominar, describir o calificar alguna cosa a través de su semejanza o similitud con otra cosa más común o familiar para el oyente. Ejemplos: Salmo 84:11, Mateo 5:13-14; Juan 15:1. (8) La personificación es la atribución de características personales a plantas, animales u objetos inanimados. Ejemplos: Jueces 9:8-15, Isaías 55:12; Proverbios 9:1-3. (9) El quiasma es un recurso literario en el cual ciertas palabras, expresiones o temas, son primero expresados y luego repetidos en un orden inverso. Esto crea un patrón “cruzado”, también llamado “paralelismo invertido”, que puede resumirse como a-b-c-b-a. Ejemplos: Isaías 2:3-5, Isaías 6:10, Mateo 7:6, Mateo 19:30. (10) El paralelismo es la semejanza formal entre dos secuencias de un texto, en la cual la segunda repite la primera (paralelismo sintético), la segunda contradice la primera (paralelismo antitético), o se produce algún otro tipo de semejanza formal que establece el paralelo entre las dos secuencias. Ejemplos: Proverbios 10:1-32, Salmo 1:6, Salmo 27:1.

2. Elementos del contexto: Los textos no están solos, vienen acompañados. Todo texto viene acompañado de un contexto. No hay texto sin contexto. La razón principal de errar en la interpre-

tación de un texto es desconocer el contexto en el cual el texto está inmerso. Ese contexto puede verse desde distintos ángulos, desde el punto de vista del contexto inmediato, desde el contexto de los pasajes paralelos, desde el contexto bíblico, y también desde el contexto social, histórico y cultural en el cual el texto se formó. Veamos alguno de ellos: (1) El contexto inmediato incluye todo lo que antecede y sigue al texto elegido, hasta llegar a algún corte en el texto que nos indique que el autor ha “dado vuelta la página” y ha pasado a otro tema. (2) El contexto de los pasajes paralelos nos puede clarificar el significado de palabras o expresiones que, en su desarrollo lingüístico y cultural, trascienden el pensamiento de un autor en particular para ser patrimonio de muchos autores o de una época en general. En la Biblia tenemos paralelos en forma y paralelos en contenido. Paralelos en forma son aquellos textos que imitan o siguen la forma de una expresión, como ser la expresión poética preferidas de los judíos: la aliteración, el quiasma, o los paralelismos. Paralelos en contenido son aquellos que hablan de algún tema en particular, como ser el amor, la realidad de la muerte, o la vida eterna. (3) Un caso especial de contexto paralelo lo constituyen los cuatro evangelios. La mejor manera de estudiar la vida de Jesucristo es siguiendo el paralelismo de los evangelios, notando no sólo aquello en lo que concuerdan, sino, muy especialmente, aquello en lo que difieren. Ver cómo cada uno de los evangelistas ha interpretado a Jesucristo es muy iluminador para el entendimiento de nuestra propia visión del Señor y nuestra comprensión del evangelio. (4) Lo que el lector bíblico debe buscar es entender el contexto bíblico en general. El contexto bíblico puede verse como la suma de todos los posibles paralelos que un texto pueda tener dentro de la Biblia completa. Como es obvio, este contexto no puede aprenderse de un día para otro, sino que toma muchos años, y muchas lecturas de la Biblia para poder llegar a desarrollarlo. (5) Otros tipos de contexto son el contexto extra-bíblico, histórico y cultural. Los veremos dentro del análisis de los elementos de la cultura.

3. Elementos de la cultura: Todo texto tiene una cultura. Todo texto es el producto de una cultura. Un texto está escrito en

algún idioma, que es un producto cultural. El contexto y el lenguaje de un texto están inmersos en una cultura determinada. Estudiar la cultura del texto puede ayudarnos a determinar y analizar la situación vital del texto. A su vez, el análisis de la situación vital nos ayudará a determinar la intención literaria del texto. Para poder hacerlo debemos prestar atención a cinco factores: (1) el análisis histórico-cultural del texto y los sucesos que le dieron origen, (2) determinar los factores geográficos, políticos, económicos, sociales, y religiosos involucrados en el texto, (3) identificar y analizar el autor y los primeros oyentes o lectores del texto, (4) analizar la ocasión y el propósito del escrito, y (5) analizar el género y la forma literaria del escrito. Veámoslos brevemente.

(1) El análisis histórico-cultural del texto y los sucesos que le dieron origen nos ayuda a comprender los eventos de la historia que los escritores de la Biblia testificaron. Podemos entender mejor la lectura bíblica cuando tenemos una comprensión de aquella historia que está detrás de esos eventos. Además de la propia información histórica que la Biblia nos da, es útil consultar diccionarios bíblicos, enciclopedias históricas y comentarios que los incluyen.

(2) Determinar los factores geográficos, políticos, económicos, sociales, y religiosos involucrados en el texto nos ayuda a comprender **el marco cultural** en el cual vivieron los escritores bíblicos. Ese marco cultural incluye la ciencia, la literatura, la música, los actores políticos, los valores económicos, las relaciones geopolíticas, y muchas otras áreas relacionadas con éstas. Entender la geografía bíblica nos ayuda, por ejemplo, a entender porqué el hombre que fue atacado por ladrones “descendía” de Jerusalén a Jericó (Lucas 10:30), porque el terreno descendía. Entender la política nos ayuda a entender, por ejemplo, porqué fue decapitado Juan el Bautista (Marcos 6:17-29). Entender la economía nos ayuda a comprender, por ejemplo, el valor de un denario, y con ello, comprender la parábola de los labradores de la viña (Mateo 20:1-16). Entender la sociología de la época nos ayuda a ver las distintas clases sociales, y a comprender porqué la Biblia presta tanta atención a los ex-

tranjeros, las viudas, los huérfanos y los pobres. Entender la religión nos ayuda, por ejemplo, a entender algunas de las disputas de Jesús con los fariseos de su tiempo (Juan 8:12-20).

(3) **El contexto cultural del autor** nos confronta con la persona del autor y sus circunstancias, las cuales han quedado impresas en el texto muchas veces de un modo escondido. Por ejemplo: ¿Porqué las historias de Nicodemo y de la mujer samaritana se cuentan solamente en el evangelio de Juan? ¿Qué valor vio Juan en esas historias y cuál fue el propósito principal al incluirlas en su evangelio? Preguntarnos por la razón principal del autor al escribir el texto que estamos estudiando nos puede abrir la puerta a la clarificación de palabras o expresiones que, de otro modo, pueden pasar desapercibidas. También en cada escrito está **el contexto cultural de los primeros oyentes o lectores del texto**. Cada texto fue escrito para una audiencia específica. Saber que el evangelio de Mateo fue escrito para los judíos y el de Juan para los griegos nos ayuda a comprender porqué, por ejemplo, Juan aclara muchos términos en hebreo (Juan 5:2, 19:13, 17, 20).

(4) Analizar **ocasión y propósito** del escrito. Como ya hemos dicho, todo texto nació en una ocasión particular. El lector debe intentar tener una idea de qué estaba sucediendo en Israel o en las iglesias del primer siglo que hizo necesario que cada uno de estos libros se escribiera, cuál fue la causa que motivó al autor a hablar o escribir. Obviamente, esto varía de libro en libro. Por ejemplo, no es lo mismo entender la ocasión y propósito de los Proverbios (más general y universal) que entender la ocasión y propósito de la carta del apóstol Pablo a los Efesios (más particular y local). Las introducciones a cada libro en las Biblias de estudio son muy útiles en este sentido, y la información interna de cada libro es invaluable. Hay que aprender a leer “con los ojos abiertos”, atentos a cada detalle que pueda indicar algo en este sentido.

(5) Analizar el **género y la forma literaria** del texto. Ya hemos dicho varias veces en este estudio que la Biblia es una biblioteca. No

todos los libros en esta biblioteca tienen que leerse de la misma manera. No se lee un libro de historia como un libro de poemas, ni una carta se confunde con un libro de filosofía. Todos estos géneros y otros más están representados en la Biblia. Cada uno debe leerse de acuerdo a su propio modo. Por ser los más importantes géneros literarios de la Biblia analizamos brevemente aquí los siguientes tipos de literatura: legal, histórica, poética, sapiencial, profética, evangélica, epistolar y apocalíptica.¹⁹

La **literatura legal** representa el comienzo bíblico. Sorprende que el “libro de la ley” como se llama muchas veces a la Torá en las páginas del propio Antiguo Testamento (Deut 28:61, Jos 24:26, Neh 8:8), también referido en el Nuevo Testamento como la “ley de Moisés” (Luc 24:44, Hch 13:29, I Cor 9:9), no comience con los diez mandamientos sino con la historia de Israel. Eso nos indica qué tipo de “ley” es esta ley de Dios: es una ley que parte de un pacto entre Dios y su pueblo, una ley que busca la creación y sustentación de una comunidad que debe aprender a vivir en paz con Dios y los unos con los otros, a la vez que debe aprender a ser luz para aquellos que no viven de acuerdo con este pacto (Isa 49:6). Los cristianos debemos darnos cuenta que el Nuevo Testamento (o nuevo pacto) renovó muchas de estas leyes de Dios para Israel, pero muchas de ellas no fueron renovadas. La explicaciones del apóstol Pablo a los romanos y a los gálatas debieran ayudarnos a los cristianos a aprender cómo leer correctamente el Antiguo Testamento (Rom 11:17-24, Gál 3:23-29), especialmente la Ley de Moisés.

La **literatura histórica** es quizá la más extensa de la Biblia, y aparece tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamentos. Debemos darnos cuenta, al leer la historia y las historias que la Biblia nos transmite, que esa historia está relatada desde un punto de vista religioso y teológico. Las narraciones históricas de la Biblia están entremezcladas con las interpretaciones históricas que los propios autores de los libros

19. El estudiante que desee profundizar más en este tema de los géneros literarios hará bien en consultar el clásico libro de Gordon Fee y Douglas Stuart, *La lectura eficaz de la Biblia* (Grand Rapids: Zondervan, nueva edición 2007).

dieron a aquellos eventos. La historia de la Biblia es fundamentalmente la historia de Dios entramada en los entresijos de las historias humanas que el Libro relata. Las múltiples narrativas históricas de la Biblia nos dicen una historia esencial y definitiva; una historia que, aunque compleja, es la historia de la humanidad en su relación con Dios. No debemos, entonces, dejarnos llevar por la multitud y complejidad de los detalles de esa historia (muchas veces tristes, macabros, o aún inmorales), sino intentar leer la profunda y valiosa trama del plan universal de Dios llevado a cabo de la historia humana. En el Nuevo Testamento la literatura histórica está principalmente representada en el libro de Los Hechos de los Apóstoles, si bien tanto en los evangelios como en las epístolas pueden leerse retazos de la primitiva historia del cristianismo.

La **literatura poética** revierte la dirección del sentido revelatorio. Por ser Palabra de Dios, la mayoría de los cristianos dan por sentado que la Biblia contiene palabras que vienen de Dios. No reparamos que la Biblia también contiene palabras que nosotros hablamos a Dios, o palabras que son dichas sobre la naturaleza de Dios. Eso es lo que hace en general la literatura poética. En especial los salmos, por ser fundamentalmente oraciones e himnos, son expresiones de la más íntima relación con Dios y manifestaciones del entendimiento interior y personal que los autores tuvieron de la naturaleza y la realidad de Dios. La poesía es más que una expresión intelectual, es una exposición del corazón, del interior de la persona; quizá a eso se deba su continuidad y validez a través de los siglos. La poesía hebrea sigue patrones que ya hemos visto en este estudio y que acentúan el valor metafórico y analógico de sus modos de expresión.

La **literatura sapiencial** intenta ayudar al lector a tomar decisiones sabias a través de la aplicación de principios eternos de la verdad de Dios en la vida diaria. Esto se manifestaba en la vida de Israel a través de aquellos sabios que se dedicaban a escribir proverbios (Sal 78:2, Ecl 12:9-10), el más importante de los cuales sin duda fue Salomón (1 Rey 4:30). La sabiduría bíblica es la capacidad humana de tomar decisiones

inspiradas en Dios. La vida está llena de opciones. La sabiduría bíblica no es abstracta o teórica, es una sabiduría práctica, orientada a ayudar a quien la aprenda a vivir bien. En el Nuevo Testamento, la literatura sapiencial tiene un gran representante en la Epístola Universal de Santiago (San 1:5, 3:13-18).

La **literatura profética** cuenta con la mayor cantidad de libros en la Biblia. Los profetas del Antiguo Testamento son usualmente divididos entre los profetas “mayores” y los “menores”. Esta confusa clasificación se debe sólo a su tamaño y no a la importancia de estos libros. No hay nada “menor” en los profetas menores. Los profetas representan el género literario más difícil de interpretar en las Escrituras, y el que se presta a mayores confusiones y malas interpretaciones. Lo primero que se confunde es la función de los profetas. Se piensa usualmente que su función era predecir el futuro. Como los predicadores en el día de hoy, puede ser que los profetas anunciaban de vez en cuando el futuro, pero su función era la de ser representantes de Dios, mediadores de la ejecución del pacto que Dios había hecho con Israel. Si Israel cumplía el pacto, la ley de Moisés, el profeta anunciaba bendición (Mal 3:10-12), pero si Israel no cumplió el pacto, si se olvidaban de la ley de Moisés, entonces el profeta anunciaba destrucción y desolación (Eze 7:23-27). Como verdaderos profetas de su tiempo, el apóstol Pablo y otros escritores del Nuevo Testamento utilizaron las mismas técnicas y desempeñaron la misma función.

La **literatura “evangélica”** representa un tipo de literatura única en la Biblia. El Nuevo Testamento comienza con cuatro “historias” sobre la vida de Jesús. Son como biografías, pero no son biografías. Son expresiones espirituales de la vida y la influencia de Jesús sobre sus discípulos. Ellos contaron, como lo expresó el apóstol Juan, “lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida” (1 Juan 1:1). Los cuatro evangelios representan cuatro historias de una sola historia. Cada uno de ellos, desde su propio ángulo de visión, representan la vida

de Jesucristo así como ellos lo vieron y experimentaron. Los evangelios no fueron escritos por Jesús. Los evangelios fueron escritos por los primeros discípulos de Jesús y sus allegados, que dejaron inscripta para siempre sus visiones e interpretaciones de la vida de Jesús. No debe sorprendernos, entonces, encontrar supuestas “contradicciones” entre los evangelios, ellas representan las distintas perspectivas desde las cuales aquellos hombres experimentaron la revelación de Dios en Cristo.

La **literatura epistolar** nació como una necesidad de los primeros apóstoles de poder pastorear a la distancia a congregaciones que ellos mismos habían plantado. Las epístolas no son tratados teológicos, son conversaciones teológicas que los apóstoles tienen con sus hijos e hijas espirituales que están a la distancia. A simple vista parecen fáciles de interpretar, pero esconden muchas dificultades que tienen que ver con el contexto de lo que el apóstol está refiriendo, el cual se nos ha perdido. Leer las epístolas es como escuchar una conversación telefónica: uno escucha lo que dice quien habla desde aquí, pero no escucha lo que la otra persona contesta por el teléfono. La cantidad de conjeturas que este tipo de conversación produce es un ejemplo de la complejidad de la interpretación de las epístolas. Debemos darnos cuenta que son documentos ocasionales, que fueron escritos para una comunidad que vivía en el primer siglo y de la cual nosotros hemos perdido todo contacto y su contexto histórico, por lo cual nos producen una serie de problemas particulares que no son comparables con nuestros propios contextos históricos. Al leer las epístolas debemos prestar mucha atención al medio ambiente del primer siglo que, indubitablemente, era muy diferente al nuestro.

La **literatura apocalíptica** cierra la revelación bíblica, aunque está también representada en otros pasajes del Antiguo y Nuevo Testamentos que ya mencionamos en este estudio. También hemos dicho que el género apocalíptico es una variante del género profético; que así como la profecía se expresa con palabras proféticas, la apocalíptica se expresa con visiones proféticas. La mayoría de esas visiones proféticas

son altamente simbólicas y utilizan símbolos culturales y teológicos que dan lugar a múltiples interpretaciones por la sencilla razón que el simbolismo se ha perdido. A diferencia de los profetas, que utilizaban imágenes reales, como la sal (Mat 5:13), las palomas (Ose 7:11) y las tortas (Ose 7:8); los apocalípticos utilizaban imágenes fantásticas, como una bestia de siete cabezas y diez cuernos (Apo 13:1), una mujer vestida con el sol, con la luna debajo de sus pies y una corona de estrellas (Apo 12:1), o unas langostas con coronas de oro y colas de escorpiones (Apo 9:7-11). El lector de la Biblia no tiene que detenerse tanto en la búsqueda del significado especial de cada uno de los símbolos involucrados en la escena, como comprender el sentido total de la revelación apocalíptica. Como con una película, la revelación apocalíptica debe ser leída de una sentada, sin parar. El sentido final de la revelación será aquello que permanezca en la mente del lector una vez que ha concluido la lectura.

En **resumen**, el resultado de estos pasos anteriores nos ayudará a determinar la intención literaria del escrito. Cada género literario debe ser interpretado según su intención. La intención de la ley, no es la intención de la poesía. La intención de la historia bíblica no es la intención de la sabiduría o de la poética. La intención de la profecía y la intención de los evangelios son diferentes. Es importante que prestemos atención a estos elementos culturales que los propios libros nos van entregando al leerlos.

El estudio de la cultura es poder determinar la situación vital en que el texto se formó y a la que el texto siempre refiere. El objetivo del lector debe ser recomponer el ambiente cultural en el cual el texto fue producido a partir de estos retazos que le van siendo dados por el propio texto y por los auxiliares bíblicos antes referidos. Uno debe darse cuenta que reconstruir el aspecto cultural de un texto es una tarea sumamente delicada, a la cual los estudiosos y entendidos han dedicado sus vidas. Todo lector debe instruirse sobre qué dicen los estudios culturales y tratar de interpretar el texto dentro de ellos.

Conclusión: ¿Por qué Estudiar la Biblia?

Después de leer las indicaciones anteriores, quizá alguien todavía se pregunte porqué es necesario estudiar la Biblia. ¿No será mejor dejar todo este arduo estudio en manos de los estudiosos, y depender de sus resultados? El resultado de una vida dedicada al estudio bíblico dará testimonio de lo contrario: es más valioso dedicarse a estudiarla que toda la vida depender de los resultados que otros han realizado, resultados que siempre se ven opacados por dudas y confusiones. Además, a cada uno de nosotros Dios nos ha dado una mente, un corazón y una voluntad. Mente para estudiarla, corazón para amarla, y voluntad para obedecerla.

Quizá al principio, el estudiante se sentirá desanimado y desmoralizado por lo grande y extenso de la tarea. Con el paso del tiempo, sin embargo, si hay dedicación y compromiso con su estudio, la propia Biblia irá entregando al lector su precioso contenido, lo cual le animará en lo ya alcanzado y le impulsará en nuevos logros del estudio de la bendita Palabra de Dios.

Lo más importante y substancial para un lector apasionado y obediente será poder observarse a sí mismo en el espejo de la Escritura (San 1:22-25) y darse cuenta del progreso espiritual en su entendimiento. Es valiosísimo para cualquier cristiano sentirse penetrado y traspasado por el filo de esta “espada del Espíritu” (Efe 6:17) que es la palabra de Dios. Porque, como dice el autor de Hebreos, “la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Heb 4:12-13).

La Biblia no es sólo un libro para ser leído, sino un desafío de Dios para ser vivido. Después de haber hecho todo el trabajo descripto

arriba, tenemos todavía el desafío de la aplicación práctica de aquello que hemos leído. Como Pablo en el camino a Damasco, la pregunta nos queda: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hch 9:6). Los textos bíblicos no son valiosos hasta que nos interpelan, hasta que nos preguntan y nos molestan. Hasta que el texto no se convierte en aquellos “aguijones” y esos “clavos hincados” de los sabios (Ecl 12:11) y de los predicadores de la Palabra, todavía no hemos accedido al verdadero nivel en el cual necesitamos tratar con ella.

La Palabra de Dios es viva, la Palabra es eficaz. “Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Isa 55:10-11). ¿Hay una bendición en este texto por la cual debo dar gracias a Dios? ¿Hay alguna promesa que debo creer y por la que debo vivir? ¿Hay algún ejemplo que debo imitar? ¿Se me muestra algún error o pecado por el cual debo pedir perdón al Señor? ¿Se me abre una nueva puerta por la que debo entrar? La Palabra discierne mis pensamientos y las intenciones de mi corazón.

Para el cristiano individual, para la vida de la iglesia, para el testimonio cristiano, para la justicia sobre la tierra, para el desarrollo y formulación de una teología bíblica, para estas y muchas otras realidades, la lectura y el estudio del “Libro de los libros” nos continúa enseñando no sólo cómo repetir de memoria el salmo del pastor, sino cómo conocer más de cerca al Pastor del salmo.



DANIEL CARRO

Es Pastor y Profesor de Teología en el Centro de Estudios Teológicos John Leland, en Arlington, Virginia, Estados Unidos. Es Vicepresidente Primero de la Alianza Mundial Bautista para el período 2010-2015. Miembro del Departamento de Estudio e Investigación y del Grupo de Trabajo de Educación Teológica y Académica, ambos dependientes de la Alianza Bautista Mundial. Miembro honorario de la Asociación Bautista Argentina (ABA)